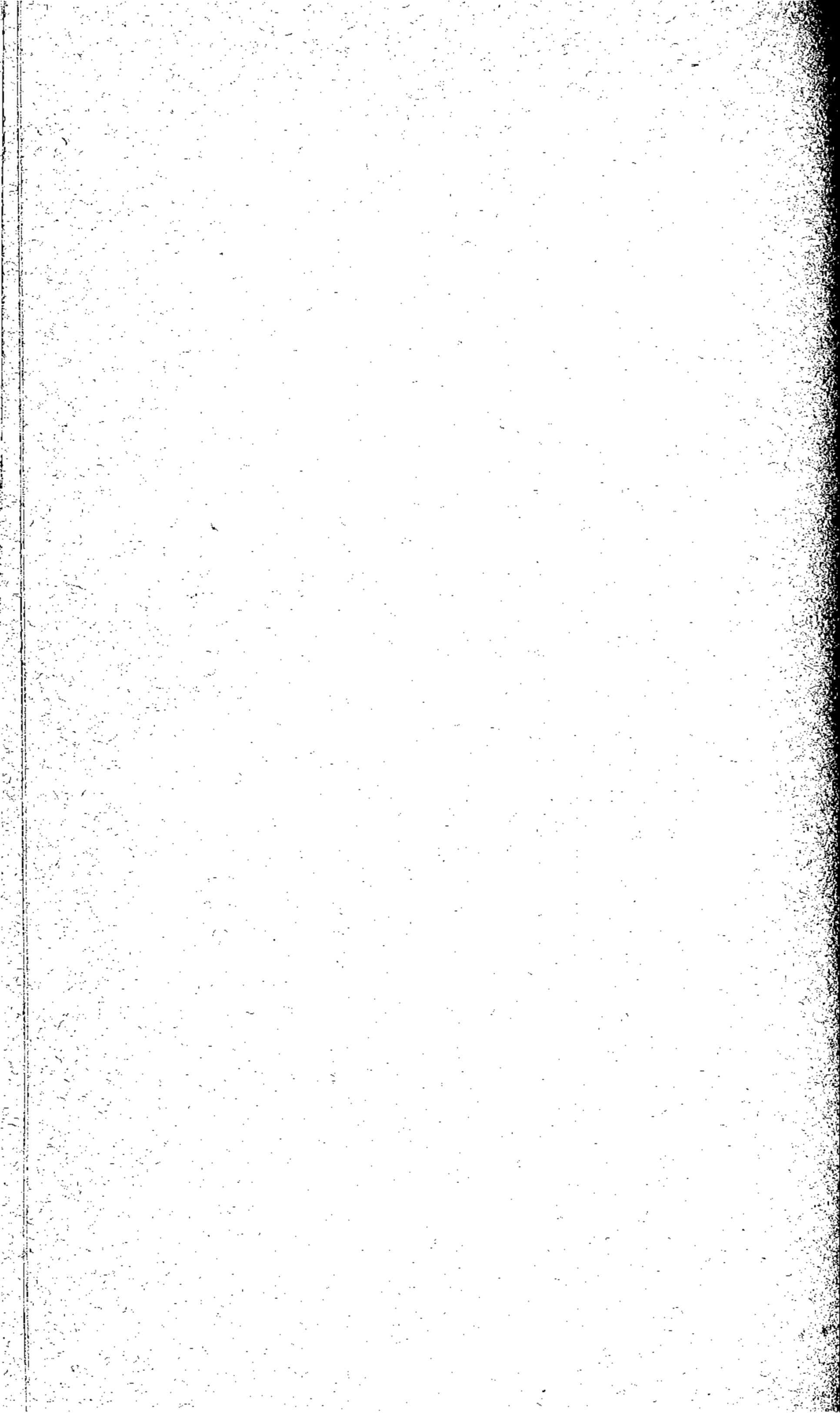
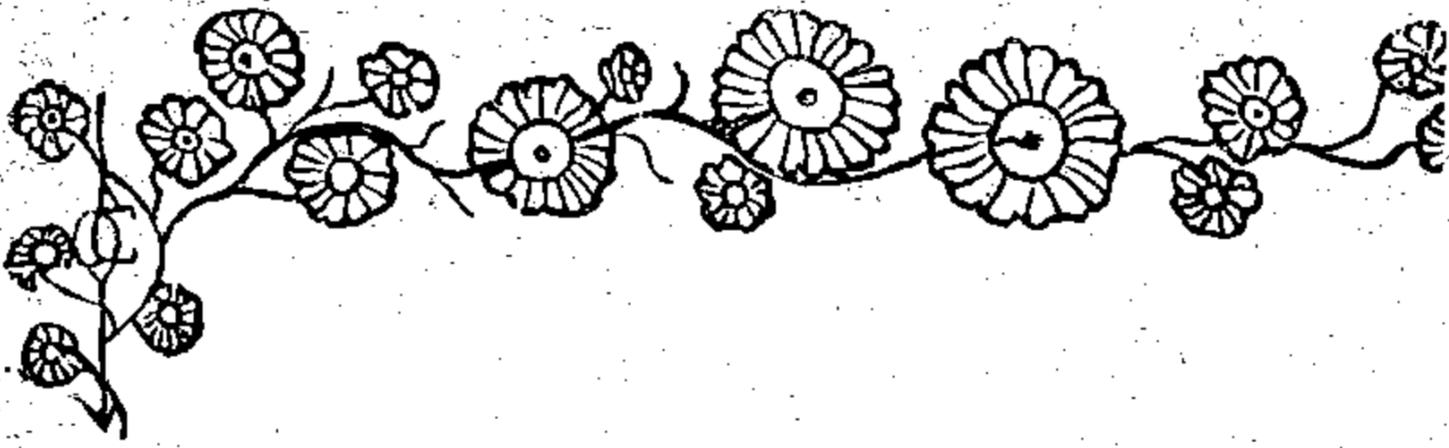


DEUDAS PAGADAS





PRÓLOGO

L dar á luz en el folletín del periódico nominado *El Reino* el precioso *Cuadro* de FERNÁN CABALLERO que hoy se presenta de nuevo al público en este volumen, corregido y considerablemente aumentado, se estampó la siguiente nota:

«En uso del derecho que nos concede la ley de propiedad literaria, queda prohibida la reimpresión del presente *Cuadro de costumbres*, que el ilustre autor se propone publicar por separado, destinando el producto de su venta á los inutilizados en Africa.»

Pocos días después el que traza estos renglones recibía carta de FERNÁN, y en ella los siguientes párrafos:

«He visto en su periódico que la impresión suelta que se va á hacer de *Deudas pagadas* por cuenta de S. A. R. el Duque de Montpensier, aparece como hecha á mi costa; esto no puede pasar, porque no es cierto.»

Y más adelante:

«Sería una gran fatuidad y una cosa en extremo fea, que pase yo ó me dejase pasar por tan generoso sin serlo, aunque no por falta de voluntad.»

Tal es nuestro admirable pintor de costumbres: siempre la verdad y la rectitud por guía; siempre por auxiliares los más nobles sentimientos del corazón.

Ahora cúmpleme indicar de qué provino la equivocación de *El Reino*.

Una persona tan distinguida por su talento como apreciable por su carácter, el Excelentísimo Sr. D. Antonio de Latour, para quien expresamente había escrito *FERNÁN Deudas pagadas*, tuvo la bondad de facilitarme el manuscrito de esta obra, autorizándome á publicarla en *El Reino*. Al entregármelo me anunció que habría de hacerse otra edición por separado, cuyo producto en venta se destinaría á los heridos é inutilizados en la guerra de África, por ser tal el deseo del autor. El Sr. de Latour no me dijo entonces más. *FERNÁN* me reveló á poco lo que desde luego debí yo haber adivinado.

Conociendo el noble carácter del insigne literato francés que con tanta asiduidad y benevolencia se consagra al profundo estudio de la lengua y de la literatura española,

y que pone tan particular empeño en examinar nuestras riquezas históricas, tradicionales y artísticas, así como en apreciar imparcialmente los rasgos más imperceptibles de los hábitos y costumbres de nuestro pueblo, no es de extrañar la reserva del Sr. de Latour; sobre todo si se atiende á que mediaba en este asunto el nombre de un Príncipe cuya liberalidad es amiga del silencio. Las almas generosas no se pagan del ruido: para ellas la mejor recompensa de una buena acción en este mundo consiste en haberla hecho. A tan cristiana máxima se ajustan los Serenísimos Infantes de España, Duques de Montpensier y su digno secretario el Sr. de Latour. Tal es también la hermosa doctrina que practica el escritor predilecto de Sus Altezas, el tierno y simpático autor de *Clemencia* y de *Simón Verde*, de *La Gaviota* y de *Lágrimas*.

Pero las buenas acciones á que no suele dar importancia (porque las juzga cosa natural y corriente) el que las aconseja ó las hace, se deben pregonar y encarecer, si no hay en ello ningún impedimento atendible. Harto se propalan todos los días hechos inicuos ó vergonzosos, habituándonos á escuchar con cierta punible indiferencia las ma-

yores abominaciones, para que el que piense con rectitud y ponga interés en el mejoramiento de las costumbres pueda hacer caso omiso de tan inútil y saludable enseñanza. Inclinar el ánimo á la práctica de la virtud; despertar la emulación en el bien; predicar con la elocuencia del ejemplo amor y caridad, se tendrá por noble empresa en todos tiempos, y más aún en los que vivimos. Ofrecer este ejemplo cuando se trata de acudir en auxilio de los que han expuesto generosamente su vida en defensa de la Patria es y será siempre doblemente meritorio.

Y á la verdad que el Señor Duque de Montpensier, cuya ilustración y buen gusto en materia de artes y literatura son generalmente conocidos, no podía costear la impresión de una obra más á propósito que *Deudas pagadas* para el laudable fin á que la destina. Ni hay pluma á quien mejor cuadre pintar el heroísmo y nobleza de nuestros soldados, la agudeza de sus dichos, la bizarría de sus hechos, que á la del escritor eminentemente popular y castizo en quien se hermanan tantas y tan peregrinas dotes.

¿Quién no conoce en España á FERNÁN CABALLERO? ¿Quién que tenga amor á la literatura honrada, á la fiel é ingenua expresión

de la vida íntima de nuestro pueblo, no ha leído y admirado alguna siquiera de las obras que, como olorosas flores del campo, esmaltan la corona del autor, salpicadas del rocío inmaculado de la virtud y de los más puros y delicados afectos? ¿Quién no le ha visto en el desdeñado hogar del pobre trabajador, arrebatándole el secreto de sus modestas virtudes, fotografiando, digámoslo así, con pincel inimitable las sanas alegrías del campesino andaluz, la abnegación, la humildad, la sublime dignidad del menesteroso y afligido que soporta con resignación la desgracia y que no maldice ni se abate á las bajezas propias sólo de la insolente codicia?

¿Y quién que de algunos años á esta parte haya visitado la Andalucía baja, no ha procurado conocer personalmente al autor de *Elia*? ¿Quién no lo ha buscado en el florido Puerto que lleva el nombre de la Madre de las madres, de la siempre Virgen *María*; ó en su modesta y *confortable* casita de Sanlúcar de Barrameda, adornada de flores y de pájaros, situada á la sombra maternal de un convento de religiosas; ó bien en el morisco alcázar de Sevilla, junto al arco donde todavía resplandece el león de España ostentando victorioso la cruz con el expresivo mote *ad*

utrumque? ¡Oh, cuántas veces, después de una larga conversación con FERNÁN CABALLERO, con esa alma noble y candorosa (de quien no se apartan jamás los que cultivan su ameno trato sin respirar blando perfume de bondad, sin sentir preñado el corazón de dulces lágrimas y ansioso de hacer bien al prójimo) me ha parecido más hermosa la naturaleza, al discurrir por entre los pinos que, como centinelas avanzados del Guadalquivir, lo saludan cuando se precipita en el mar! ¡Cuántas veces he visto con placer inexplicable, en el camino de Chipiona ó de Bonanza, las mismas poéticas gentes del pueblo que el talento observador y benévolo de nuestro autor retrata con tan pintoresca fidelidad y ternura!

Pero no acabaría si quisiera expresar aquí todos los puros sentimientos y tiernos afectos que despiertan en mi alma el solo nombre de FERNÁN y la dulce memoria de los amigos que en días de amargura templaron mis pesares (y hasta me hicieron olvidarlos) en Sanlúcar de Barrameda. No se trata de dar paso á mis recuerdos, por más que los acaricie y disculpe el más hermoso tal vez de los sentimientos humanos, la gratitud. Trátase de FERNÁN CABALLERO, del escritor bueno y sim-

pático por excelencia, y no es justo entretener al lector abusando (como hoy generalmente se abusa) del *yo satánico* de que hablaba nuestro gran Donoso. Volvamos, pues, á FERNÁN.

Sin embargo del vivo empeño con que la ilustre persona que esconde su nombre bajo este seudónimo, tan famoso ya dentro y fuera de España, ha procurado ocultar que es ella la autora de tantos cuadros inmortales, no por eso ha dejado de hacerse público. ¡Puede tanto la curiosidad! ¡Es tan natural que nos esforcemos por saber quién es, por averiguar dónde pára el bien intencionado escritor á quien somos deudores de tantas inocentes delicias! ¿Cómo no empeñarse en conocer y tratar al superior talento que ha conmovido á su antojo nuestro corazón con el sencillo relato de sucesos comunes y de afectos verdaderos, cuya profunda originalidad y belleza consiste precisamente en esa misma verdad y sencillez que todos conocen y sienten, pero que sólo llegan á expresar como FERNÁN lo hace, aquellos ingenios extraordinarios templados para lo bueno y hermoso en fuego que emana del foco mismo de la luz celestial é inextinguible.

El verdadero nombre de FERNÁN ha dejado ya de ser un misterio para la mayor parte

de las gentes que saborean con placer la poesía que rebosa en las ejemplares narraciones del católico y popular autor de *Callar en vida y perdonar en muerte*. Al ver tanta delicadeza en el pensar, tanta dulzura en el sentir, tan fina penetración y agudeza en todo, muchos adivinaron desde luego que sólo era capaz el alma de una mujer de atesorar prendas de tal valía. El corazón de una mujer buena es, en efecto, el más hermoso presente de la Divinidad. Averiguado esto á tan poca costa, lo demás había de ser naturalmente obra del tiempo. Y así lo ha sido. Oigamos, pues, á un testigo muy abonado, al insigne escritor á quien FERNÁN dedica *Deudas pagadas*:

«Algunas personas—dice—me han dispensado el honor de preguntarme si por acaso FERNÁN CABALLERO era la señora Duquesa de Montpensier... No, la augusta hermana de la Reina Isabel no es FERNÁN CABALLERO. Bien sé que S. A. tiene afición suma á la persona y á las obras de este ingenioso escritor; pero, entregada exclusivamente al cuidado de educar á sus hermosos hijos, puedo asegurar que nunca pensó en pintar la Andalucía ni en referir sus leyendas, contentándose con prestar á quien las refiere la atención más solí-

cita y afectuosa. No debe, pues, buscarse al autor de *La Gaviota* en el palacio de San Telmo, sino á dos pasos de él, dentro de la misma Sevilla, en una de las torres del antiguo alcázar morisco construído por don Pedro.

»Semejante vivienda es como hecha de encargo para tal huésped. Al asomarse á la ventana rasgada en el fondo de su salón principal, FERNÁN puede ver á su izquierda la bóveda bajo la cual Sancho Ortiz, el Cid de Andalucía, el héroe de Lope de Vega y de Mr. Lebrun, quitó en duelo la vida á Bustos Tavera, hermano de su prometida. (1) Al frente tiene el Archivo de Indias, en que duerme la Historia de la España americana esperando al encantador que ha de sacarla de entre el polvo de tantos manuscritos; y á su derecha, en fin, la Catedral y la Giralda, pasión

(1) El Sr. de Latour acepta de buen grado la tradición poética difundida y acreditada desde que Lope de Vega dió á luz *La Estrella de Sevilla*; pero esta tradición carece, en mi opinión, de verdadero fundamento histórico. Lope quiso, sin duda, pintar en su obra, el trágico fin de Escobedo, y la persecución de que fué víctima el secretario de Felipe II Antonio Pérez; y como estaban demasiado recientes tales sucesos para sacarlos al teatro sin rebozo alguno, los atribuyó al rey Don Sancho *el Bravo*, y á los imaginarios Sancho Ortiz y Bustos Tavera.—M. C.

de los artistas. Tan poéticos monumentos circuyen una plaza ovalada con acacias y naranjos. Así por poca atención que FERNÁN CABALLERO preste hacia aquella parte, la brisa le lleva durante el día todo el rumor de la vida popular, y por la noche las dulces conversaciones de los amantes que se sientan en los bancos. Pero á la hora en que el sol dora con sus últimos rayos los desiguales techos de aquellos monumentos, si FERNÁN sube á su torre y alza y lleva más lejos sus miradas, desaparece de su presencia la obra del hombre para ceder el puesto á la del Criador; ó mejor dicho, se le presentan las dos mezcladas y confundidas, porque los grandes paisajes despiertan grandes recuerdos. Allí se extienden las inmensas cuevas del Aljarafe, coronadas de olivos, y á las que todavía la tradición da el nombre de jardines de Hércules; aquí se encuentra el poético convento de San Juan de Alfarache, ciudadela romana un tiempo, después castillo morisco, y hoy santa ruina, al lado de sus dos cipreses que parecen velar por ella y consolarla. Al pie de la roca que sirve de pedestal al convento, hay una aldea encantadora, cuna del héroe de Mateo Alemán y de Lesage, tan poco parecido por cierto á los

de FERNÁN CABALLERO; más lejos, subiendo la cuesta, se perciben las blancas casas de Castilleja, donde murió Hernán Cortés, olvidado de su Rey y de la España, bajo un techo que á lo menos está seguro de no perecer. (1) Al pie de aquellas ricas colinas pasea el Guadalquivir sus hermosas y pacíficas aguas, Allí el observador mira, el novelista escucha, y el escritor no tiene que hacer más que recordar.

»Pero forzoso es haber aprendido en alguna parte á mirar, á escuchar, á observar y, sobre todo, á escribir. Ya he confesado que FERNÁN CABALLERO puede bien ser una mujer; pero, si lo es, de seguro es andaluza. Abriéronse sus ojos por vez primera bajo aquel hermoso cielo y en aquellas hermosas comarcas, y de aquí proviene su amor á la

(1) Débese, en efecto, á la generosidad y patriotismo de los Serms. Sres. Duques de Montpensier el que se conserven restaurados y convenientemente custodiados los restos de la casa donde falleció Hernán Cortés en Castilleja de la Cuesta. Los mismos insignes Príncipes han costeadó también la restauración de la Rábida, que ya amenazaba ruina, y levantado de nuevo la capilla de Nuestra Señora de Valme, fundada por el Santo Rey Don Fernando en término de Dos-Hermanas. Estos rasgos de piedad, religiosa y amor á los antiguos monumentos históricos, desatendidos ó maltratados por el vandalismo y por la incuria, no necesitan encomios.—M. C.

Andalucía y el entusiasmo con que la pinta. Sin embargo, FERNÁN no conoció bien todo el encanto de su país natal hasta que vió otros. Es una andaluza que ha recorrido la Francia, la Inglaterra y la Alemania, y que además lleva sangre alemana en sus venas (1). Por instinto había conocido los encantos de su Andalucía; pero, cuando la vió de nuevo fué cuando la vió bien, y cuando aquella tierra privilegiada se le presentó con toda su gracia y esplendor. Pudiendo compararla con las otras, túvola más afecto y conságole preferencia más ilustrada; y el día en que descubrió que poseía el talento de pintarla, no hizo lo que esos artistas que, apenas se figuran haber puesto el pie en tierra desconocida, no perdonan ni el más leve pormenor, y perjudican á la misma verdad de la copia á puro querer que en ella figure todo. No; FERNÁN CABALLERO no aspira á ser el Cristóbal Colón de Andalucía. Sus rápidas excursiones fuera de España le pusieron en

(1) ¿Seré imprudente recordando en este lugar el nombre insigne y por siempre memorable del erudito alemán D. Juan Nicolás Bohi de Faber, tan querido y venerado de FERNÁN CABALLERO, y á quien es deudora España de la más rica y bien ordenada *Floresta de Rimas antiguas castellanas*?--M. C.

aptitud de escoger y admirar atinadamente, y esa relación involuntaria que por sí misma se forma en la imaginación del pintor ó del escritor es la que á entrambos proporciona el verdadero punto de vista. Los cuadros y narraciones de FERNÁN CABALLERO, como los de Walter Scott, cuyo nombre se viene naturalmente á la memoria y á los labios siempre que se habla de FERNÁN, tienen esa verdad interesante que proviene de una observación sincera y profunda, y no de la sorpresa de un encanto pasajero.

»Una docena de años habrá, á lo sumo, que aparecieron las primeras publicaciones de FERNÁN CABALLERO. En un principio fueron apreciadas tan sólo por limitado número de amigos, en quien se mezclaba cierto asombro é incertidumbre con una admiración tímida y recatada. Saboreaban éstos su lectura, que interesaba y conmovía; pero tenían, por decirlo así, repugnancia para saludar de buenas á primeras, y sin tomarse tiempo de pensarlo, como á inteligencia selecta y talento superior á la amiga del día antes, á la que, según la costumbre española, se designaba aún por su nombre de pila. No fué, ciertamente, profeta en su país FERNÁN CABALLERO hasta que, admitida su fama fuera de

Andalucía, tornó de nuevo á pasar la Sierra-Morena, y hasta que ofrecieron sus Novelas á la admiración del lector los nombres más imponentes de la literatura española. El misterio que por algún tiempo todavía encubrió la personalidad del autor no perjudicó á su popularidad creciente, porque España tiene afición á encontrar en todo algo de romanesco.

»Mucho tiempo había vivido FERNÁN CABALLERO sin figurarse que más tarde debía referir á sí misma y á los demás, fijándolas en una forma duradera, las patéticas historias que iba reuniendo en su memoria, y sin saber que estaba llamada á representar en todo su esplendor aquella rica naturaleza en cuyo seno tanto le gustaba vivir. Abeja diligente, libaba flores con la intención de guardar la miel para sí sola; pero llegó un día en que se abrió la corteza de encima, y la miel se derramó.

»La primera obra de FERNÁN CABALLERO (y cuidado que ella no creía haber escrito una obra) fué *La Familia Alvareda*. Había oído el autor referir la anécdota en que estriba el argumento de esa narración interesante, bajo los mismos olivos en que acaeció, y recibiendo con ella impresión muy viva, al

volver á su casa escribió en alemán sus trágicos pormenores, dando después al olvido el manuscrito.—Cuando con nuestro amigo Dauzats estuvisteis, querido Taylor, encargado por el Rey Luis Felipe de una misión en España, y frecuentabais una de las raras casas de Sevilla en cuyos salones había entonces chimenea, ¿pudisteis figuraros, por ventura, que en aquella despierta Marquesa que os recibía con tanta gracia se ocultaba un escritor delicioso?

»Creo que el Barón Taylor no obtuvo ninguna confianza literaria de la que sobre doce años más tarde había de ser FERNÁN CABALLERO. Washington Irving, que pasó por Sevilla algún tiempo después que el Barón Taylor, algo de ello hubo de figurarse, sin duda, porque le fué permitido leer *La Familia Alvareda*. Sorprendido y encantado quedó; y no sé cómo no tomó de aquel talento, que así se le ponía de manifiesto, el arte de dar colorido local más verdadero á sus lindos *Cuentos de la Alhambra*. Pero, sin duda, había ya entonces levantado el sitio y volvía de la conquista de Granada.

»Transcurrieron algunos años, fecundos por cierto en pruebas de más de un género, y en los cuales FERNÁN CABALLERO buscó en

las letras una distracción venturosa. Entonces fué cuando escribió *La Gaviota*. Redactóla sucesivamente en español y en francés, con intención, según dicen, de publicarla en Francia. He hojeado el manuscrito francés; pero, como en aquella época hubiese aparecido *La Gaviota* en castellano, me detuve, no tanto (lo confieso) en la obra misma, que ya había leído con placer en el verdadero idioma del autor, como en ciertas ilustraciones *á la pluma* que advertí en las márgenes del manuscrito, comentario expresivo de una mano querida... ¡ay! helada ya para siempre.

»Si FERNÁN hubiese abrigado en realidad el pensamiento que le suponen, indudable es que hubiera llegado á obtener un puesto honroso en nuestra muchedumbre de novelistas. Pero si tuvo efectivamente aquel pensamiento, debe creerse que pronto renunció á él, y que comprendió, afortunadamente para todos, que mejor le estaba ser el primero en Madrid que el segundo en París. Gracias á esta resolución, España ni siquiera supo el riesgo que había corrido de perder al mejor y más amable narrador que ha poseído desde aquel que no se puede comparar á nadie, desde Cervantes.»

Los preciosos datos biográficos que anteceden (tanto más preciosos cuanto más difícil era obtenerlos, merced al tenaz empeño de FERNÁN en que no se hable de su persona) serán sin duda del agrado de los curiosos. Pero, ya que debemos al Sr. de Latour estas noticias, que vienen á confirmar la general sospecha de que el autor de *La estrella de Vandalia* pertenece á la más hermosa mitad del género humano, oigámosle exponer con gran tino en breves palabras las dotes que principalmente resplandecen en las producciones de nuestro admirable y querido autor:

«Ninguna de sus obras—dice el señor de Latour—deja de dar alta idea de la moralidad que avalora las acciones de FERNÁN CABALLERO, ni de recomendarse por el brillo y verdad de las descripciones, por el interés de la narración, por la originalidad del diálogo y por la profunda sencillez de la acción; pero llaman la atención todavía más el especial carácter de la invención y el orden de la composición en el autor de tantas novelas distinguidas. FERNÁN CABALLERO, hasta cuando inventa, parece como que recuerda: tal es el don supremo del que narra. Y con efecto, el verdadero narrador, lo que hace aquí frecuentemente es recordar; pero con

la circunstancia de que el hecho que saca del fondo de su memoria llega al remate de su pluma transformado é idealizado. FERNÁN CABALLERO ve mucho, observa sin cesar y retiene sin esfuerzo. Después viene el sentimiento moral y la pasión interior, sin que apenas caiga en ello, á dar colorido y vida á lo que vió, observó y retuvo. No creo que, á excepción de una sola vez (como ya he dicho) se haya empeñado en combinar situaciones, ni la he visto jamás complacerse en las mil astucias del oficio: esta sola palabra la horrorizaría. Sabe dónde va y lo que se propone conseguir; pero no creo que cuando toma la pluma se cure mucho de lo que desde luego han de decir ó hacer sus personajes. Nunca se da prisa al empezar. Se pone en viaje como el que, estando seguro de que ha de llegar, no repara ni en la hora ni en el camino. Detiéndose á sus anchas á admirar el paisaje, á describir sus héroes y á oírlos hablar entre sí; y no se hará de rogar para meter baza y echar su reprimenda al tiempo actual, cosa que acaso le sucede más de lo que correspondiera. Pero, en cuanto el drama se apodera de la escena, desaparece el autor de repente y la acción se precipita con irresistible energía. Así sucede con frecuencia

que, después de una primera parte llena de gracia, de amable descuido, de finas advertencias y de interesantes pinturas, en la segunda no se encuentra más que pasión é impetuosidad; ya no hay nada inútil; todo lo lleva un mismo soplo, hombres y cosas, hacia el desenlace inevitable, arrebatado á veces como con el filo de la espada.

»Y al lado de ese tacto exquisito, de esa dignidad innata y de esa particular afición á todo lo que es noble, generoso y elevado, de esa fina inteligencia de las necesidades y hábitos de la sociedad culta, ¿qué puede haber más sorprendente que su aptitud particular para pintar el pueblo, la gente sencilla y el hombre del campo, gracias al envidiable don de interesarse por los pequeños, de entrar con simpatía en el fondo de sus miserias, de saber analizar sus ideas, preocupaciones y pasiones, sin que jamás una sensación desagradable venga á turbar la tierna compasión que inspiran los sentimientos del pobre? Verdad es que en FERNÁN CABALLERO (es menester no cansarse de repetirlo) la inspiración es profunda y sinceramente cristiana» (1).

(1) *REVUE BRITANNIQUE* (Janvier, 1860): FERNÁN CABALLERO, par M. Ant. de Latour.

Hasta aquí el señor de Latour.

¿No es cierto, amigo lector, que me agradece (perdona la confianza) las noticias y observaciones aquí transcritas, más que si hubiera yo hablado de mi cuenta y riesgo engolfándome en una remontada disertación acerca de la novela, ó dandome aires de crítico *trascendental* para explicarte en qué consiste el singular mérito del precioso cuadro que vas á leer? ¿Acaso no conocerás tú su ingenua belleza sin necesidad de explicaciones, cuando sientas que asoman á tus ojos, y que no las puedas reprimir, lágrimas de ternura y de entusiasmo? Lee, apresúrate á leer *Deudas pagadas*, y, si después de esta lectura no crees como yo que, si aquí abrigásemos todos el acendrado patriotismo de FERNÁN, España sería la primera nación del mundo, dígoote que no lo entiendes.

A FERNÁN CABALLERO no le alcanza en manera alguna la responsabilidad del mal inevitable y profundo que causa la literatura romancesca importada de Francia, y que tanto allí como entre nosotros, y como en todas partes, se esfuerza por efectuar en los sentimientos y en las costumbres una revolución tan desfavorable á los principios de la moral cristiana como á los afectos tiernos

y delicados, benévolos é indulgentes. La literatura que escandaliza en los libros con un descaro que ningún escritor decente se atrevería á usar ante personas que lo fuesen, y que se propaga impunemente en alas de una fecundidad tan pasmosa como funesta, es el polo opuesto de la que cultiva nuestro inestimable autor. Por eso se ha dicho y repetido, con razón harta, que los libros de FERNÁN CABALLERO no son sólo buenos libros, sino buenas acciones. Cuando ingenios corrompidos, tocados de la lepra más contagiosa y repugnante, prostituyen la inspiración y la belleza pugnando por divinizar los más brutales apetitos, las doctrinas más disolventes y absurdas, las más punibles aberraciones del entendimiento humano, el escritor en quien el mal epidémico no hace mella, que se conserva puro en una atmósfera viciada, y que tiene el valor de hacer frente al mal, predicando constante y generoso el bien, merece por tal heroicidad inmarcesible corona.

Todos los ramos de la literatura, aun los que menos se prestan á ello, participan hoy de un carácter polémico que suele perjudicarles mucho desde el punto de vista del arte, pero que da á las obras cierta importancia

de *actualidad* en la que estriba todo su mérito, y á la que deben las más veces el efímero y poco envidiable laurel que ciñe su frente, como ceñían la suya de flores las heroínas de la prostitución griega y romana. Pero de todos los géneros literarios, el drama y la novela son los que más dócilmente se han puesto á devoción de las doctrinas antirreligiosas y antisociales, con la satisfacción del muchacho de mala índole á quien se da carta blanca para entregarse á toda clase de excesos. Ambos son, á no dudarlo, de los instrumentos más eficaces que emplea el siglo, en su afán destructor, contra los principios verdaderamente salvadores. ¿Nacerá el bien de la intensidad y extensión misma del mal? Los que ponen tan vivo empeño en abatir los fundamentos del orden social, la religión, la autoridad bien entendida, el deber, el respeto, la resignación, todas esas grandes columnas de la humanidad, sin las cuales tarde ó pronto se vendrían á tierra las naciones, y los pueblos se convertirían en manadas de fieras sin otra ley que el instinto, ¿llegarán al cabo á sobreponerse á escritores como FERNÁN CABALLERO, que ofrece al hombre en cada dolor un consuelo, en cada infortunio una esperanza, para

cada virtud una perdurable recompensa? Renegaría de la ley del progreso, tan invocada en este siglo, si tal llegara á suceder.

Entretanto que inteligencias superiores ventilan y resuelven un problema tan difícil é importante, séame dado encarecer de nuevo la fe inquebrantable de FERNÁN, y recomendar á las madres de familia los hermosos ejemplos de moral pura y acendrado patriotismo que contienen todas sus obras. A pesar de los reducidos límites de *Deudas pagadas*, y del carácter especial de este opúsculo, también los hay en él, y de tal especie, que es necesario ser de piedra para no enter necerse al leerlos, ó tener el corazón completamente pervertido para no ansiar imitarlos. ¡De qué modo tan natural, con qué maravilloso artificio mezcla FERNÁN CABALLERO en este sencillo *Cuadro de costumbres* lo verdadero y lo fingido, lo histórico y lo verosímil! ¡Qué talento de combinación el que de tantos rasgos sueltos discordantes sabe formar tan admirable conjunto! Lo repito: las heroicas hazañas de nuestros soldados tendrán cantores que las celebren en estilo más elevado, historiadores que las aprecien y juzguen en cualquier sentido de una manera más épica; pero de seguro no habrá

pluma que arrebate á FERNÁN CABALLERO la gloria de dar en solo cuatro pinceladas cabal idea de la índole generosa de nuestros valientes, del espíritu cristiano y guerrero que los anima, del entusiasmo con que luchan por su Reina y por su Patria, de su jovialidad y sufrimiento, de su frugalidad y constancia, del chiste y agudeza con que suelen mostrar, á veces en los mayores conflictos, que no hay penalidad ni trabajo superior á la resistencia de su espíritu.

Sin alterar en lo más mínimo la verdad, antes bien, poniendo particular esmero en no apartarse de ella poco ni mucho, FERNÁN nos interesa y conmueve, acrecentando, si cabe, el amor á nuestros soldados y á nuestro pueblo, dignos por su patriotismo y por su fe de los altos destinos á que parece llamarlos de nuevo la Providencia. Escritor eminentemente popular, conoce como ningún otro el secreto de pintar al verdadero pueblo, guerrero y útil en los campos de batalla, laborioso y utilísimo en otros campos. Desde Cervantes hasta nuestros días nadie puede disputar en España á FERNÁN CABALLERO el lauro de perpetuar en sus libros (documentos históricos aún más verdaderos é importantes que la historia misma) el ca-

rácter y fisonomía de la gente del pueblo, no ya sólo desde el punto de vista de sus hábitos y costumbres, sino con relación á sus creencias, pasiones y sentimientos; agradándose siempre en lo bueno, condenando y compadeciendo lo deforme.

Para un escritor de esta índole la guerra de Africa debía ser, y ha sido efectivamente, despertador efficacísimo. Podría asegurar desde luego, sin temor de equivocarme, que cada victoria de nuestros soldados, cada rasgo de abnegación, de nobleza ó de humanidad de los muchos que honran en esta campaña el nombre español, ha resonado en el alma sensible y hermosa de nuestro autor como música del cielo. Cada grito de dolor, cada lamento de agonía exhalado por nuestros valientes compatriotas en el suelo inhospitalario del Africa al sucumbir luchando con el fanático enemigo de nuestra religión y de nuestra raza, lejos de la madre, de la esposa, de la amada, de todas las más caras prendas, ha encontrado eco en el compasivo pecho de FERNÁN y arrancado una bendición y una lágrima de lo más íntimo de su corazón: la bendición para el valiente; la lágrima para los deudos, para la esposa ó la madre. En esto, como en todo, el gran pintor

de costumbres ha ido á una con el común pensar y sentir de los buenos españoles.

Y ya que se trata de la guerra de Africa, supuesto que en ella se funda el sencillo é interesante argumento de *Deudas pagadas*, y que á beneficio de los heridos en esta lucha nacional ha de expendirse el presente opúsculo, costeada su impresión por un Príncipe que ha solicitado una vez y otra con vivo ardor compartir las fatigas y penalidades del sufrido Ejército de su Patria adoptiva, permítaseme consignar en este sitio (á fuer de español, aunque el más humilde de todos) el sentimiento de admiración y gratitud que me inspiran las virtudes de los defensores de mi Reina y de mi país. Pobre es la ofrenda, pero ninguna más desinteresada y sincera. El envenenado aliento de nuestras discordias políticas no ha viciado aún mi corazón, ni la adversidad ni los reveses lo han cerrado á los sentimientos generosos. Gracias á Dios, para mí todo interés se anula ante el interés de la Patria; sea ella grande y venturosa, y siga yo siendo, mientras viva, el último y más obscuro de sus hijos. ¡Desdichados los que piensen de otro modo! ¡Desdichados los que antepongan cualquier interés egoísta al bien, á la salud ó

á la gloria del suelo que les vió nacer! ¿Qué mayor debilidad, qué mayor desgracia que no comprender así, en circunstancias como las presentes, lo que debemos á nuestra madre España cuantos hemos tenido la dicha de abrir los ojos á la luz del sol bajo el azul de su hermosísimo cielo? ¿Quién más digno de compasión y de lástima?

Si es nuestro enemigo el que vence y humilla la soberbia del infiel en defensa de la bandera española, bendigamos y ensalcemos á nuestros enemigos. El rencor es estéril como las arenas del desierto. La injusticia que desconoce el mérito del adversario porque es adversario, es todavía más estéril. La envidia que se lo niega es la mayor calamidad que puede caer sobre pueblos y naciones. Nunca los pensamientos mezquinos produjeron cosas grandes. Los cálculos del egoísmo casi siempre se vuelven contra el que los fragua. Y aunque no suceda así y se realicen á medida del deseo, nunca logran despertar en nadie estimación ni simpatía. El corazón, en cambio, podrá engañarnos algunas veces; pero, aun de ese modo, nos honrará con la aprobación y el aplauso de los hombres de bien, que nunca desconocen lo que se debe á la rectitud y á la nobleza.

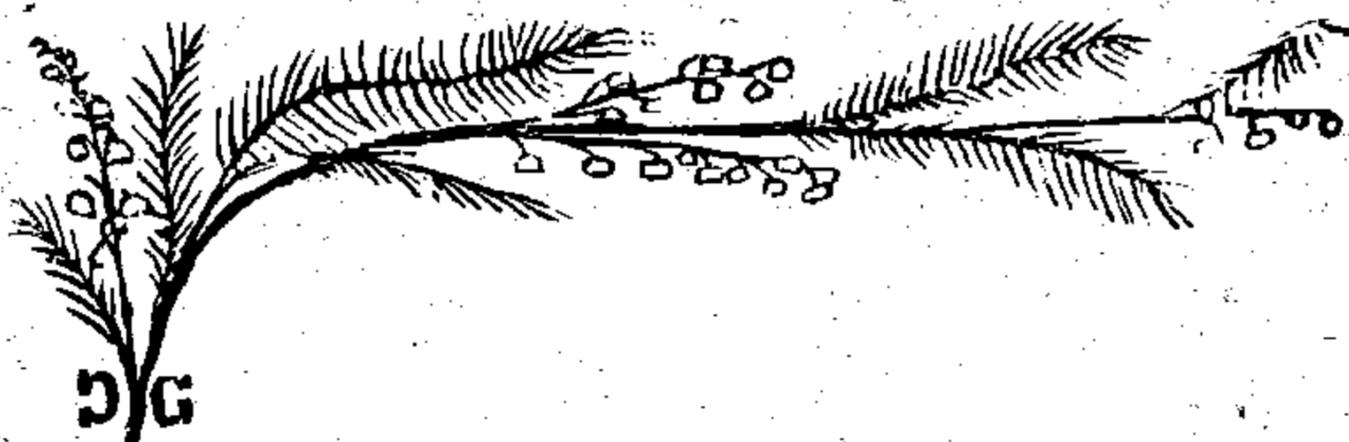
Por desgracia, no es la mejor para medrar en el mundo; mas ¿qué importa? ¡Ay de aquel que sólo atiende al provecho! ¡Ay del que tiene por única norma de conducta la ciega y bastarda aspiración de la conveniencia! Aunque puesto en boca de una gitana, prefiero seguir el concepto de Cervantes:

Haga yo lo que en mí es
Que á ser bueno me encamine,
Y haga el cielo y determine
Lo que quisiere después.

Dos palabras para terminar estos mal aliñados renglones. FERNÁN CABALLERO siente aún latir en su pecho el antiguo patriotismo español, sin mancha que lo enturbie ú oscurezca. ¡Dichosos héroes los que han merecido el aplauso de un alma tan generosa! ¡Feliz Patria la que todavía tiene hijos cuyo valor y cuyas virtudes son con justicia admiración de propios y extraños! ¡Dichosa guerra la que suministra al escritor verídico rasgos tan hermosos y envidiables como los que han reunido en *Deudas pagadas* la cariñosa solicitud y el claro ingenio de FERNÁN!

Madrid, Marzo de 1860.

MANUEL CAÑETE.



AL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO LATOUR

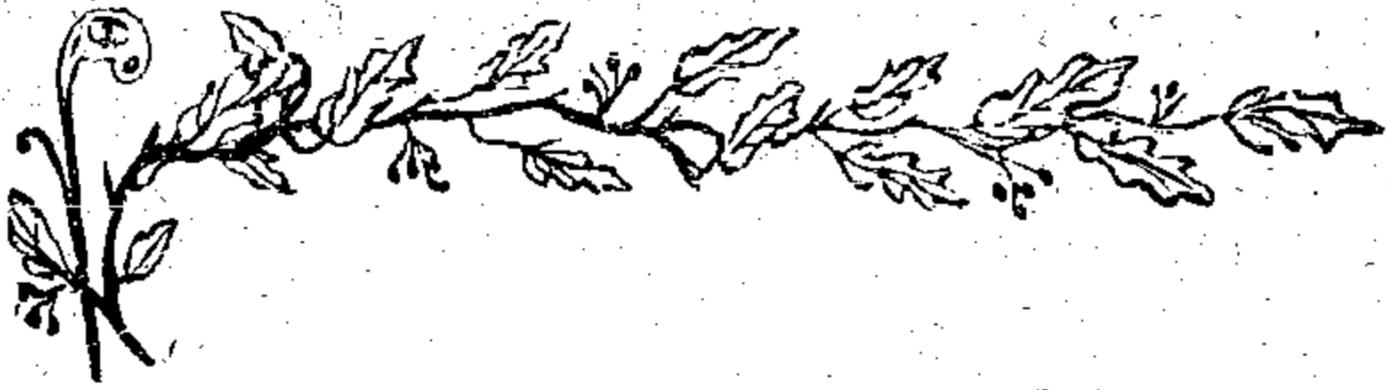
SEÑOR Y AMIGO:

ME pide usted que le escriba algún cuadro de costumbres, por más que muchas causas que usted no ignora se hayan reunido para privarme de todo deseo, de todo gusto y posibilidad de hacerlo. Pero ¿cómo rehusar nada de lo que de mi voluntad dependa á quien tantas y tan lisonjeras muestras de aprecio debo, á quien tantas y tan dulces pruebas de amistad agradezco?

He recurrido, pues, en mi impotencia, para imaginar, en mi completa falta de propio caudal, á la *verdad*, que me ha proporcionado algunas hojas sueltas de su archivo, y á la tradición, que me ha dado algunas flores de su siempre fresco y precioso herbolario, para colocarlas en aquéllas y formar un conjunto en que nada habrá mío, sino el hilo que las una. Pueda hallar este mi trabajo (en vista de los materiales que lo componen) el aprecio y la simpatía que no dudo le con-

cederá el noble extranjero que, cual su regio señor, ha venido á España para pagar tan ampliamente á los españoles el respeto, el aprecio, el amor y las simpatías con que éstos los han acogido.

FERNÁN CABALLERO.



DEUDAS PAGADAS ⁽¹⁾

CAPITULO PRIMERO

En la vida he dicho yo
un *perdone usted por*
Dios. ¡Bendita sea la mi-
sericordia divina!

Un pobre campesino.



UNQUE los pueblos de las sierras de Andalucía, por su elevación, gozan en el estío de una temperatura más templada que los de los llanos en las horas denominadas *del sol*, reverberando éste en

(1) Habíamos pensado citar en nota los periódicos de que hemos tomado cada hecho, cada pormenor y cada extracto de los que han servido para formar este *Cuadro*; pero después nos ha parecido que sería un trabajo inútil, tanto más, cuanto que la mayor parte han sido traídos por varios periódicos. El primer hecho con que principia la vida de los dos jóvenes que ponemos en escena lo hemos tomado del excelente periódico *La Alhambra* de Granada, y sucedió en aquella provincia. Mucho nos pesa que la pequeñez de esta narración no nos permita insertar en ella sino un número tan corto, de entre la multitud de hechos heroicos que se suceden, y casi se atropellan, en la actual guerra de Africa.

las rocas que se hallan en los terrenos montañosos, se siente allí un calor seco y ardoroso, más pasajero, pero más irritante que en los llanos. Sufren principalmente sus abrasadores efectos los segadores nómadas, que, después de concluir en su provincia la recolección de las mieses, van á buscar trabajo en aquellas que aún se lo pueden proporcionar. Gran parte de estos segadores, de la provincia de Granada, llegan á la sierra de Ronda, en la que son bien venidos y recogen el fruto de sus penosas tareas, siempre que la enfermedad, esa plaga del pobre, no los postra y acaba con sus ganancias ó con sus vidas.

En tiempos piadosos se estableció un pequeño hospital para los pobres forasteros en Bornos, que es uno de los pueblos que como ramos lleva la sierra orlando su falda; hospital que en invierno permanecía cerrado, pero que en verano recogía á muchos de estos pobres segadores que la intensidad del calor hacía enfermar y que no tenían allí casa ni hogar.

Por los años de mil ochocientos treinta y tantos, en la tarde de uno de los días más abrasadores del estío, se hallaba sentada á la puerta de su casa en el mencionado pueblo una mujer de semblante dulce, bondadoso, ocupada en picar el tomate y el pimiento, y

en migar el pan que había de servir para el sano, nutritivo y sabroso gazpacho de la cena; no lejos de ella, en la calle, jugaban sus dos hijos, un niño de siete y una niña de cinco años.

Como el pueblo se halla en gran parte circundado de huertas y naranjales, situados en la vertiente de la planicie en que aquél se asienta, y que son regadas á esas horas por las claras y abundantes aguas de sus manantiales, traía la brisa de entre las hojas de los árboles de aquellas huertas, con el canto de los pájaros que despedían al sol, un ambiente fresco y perfumado, como si la naturaleza, esa buena madre, hiciese abanico de sus árboles para refrescar con él la frente de su predilecto ser: el hombre. La fachada de la casa gozaba ya las dulzuras de la sombra, mientras que al frente doraba aún el sol los objetos que desde allí se veían, esto es, los montes, que, pasado el valle, se alzan con sus desiguales crestas, como dóciles camellos que han recibido la carga de viñas, olivares y sembrados que les confía el hombre.

La madre, abstraída en su faena, no había notado que otro niño de muy pobres trazas se había acercado á los suyos, ni había oído el siguiente diálogo:

—¡Ah!—dijo el niño de Bornos al forastero—yo no te conozco: ¿cómo te llamas?

—Miguel: ¿y tú?

—Gaspar.

—Y yo me llamo Catalina—añadió la niña, que quería también ser conocida de su nuevo compañero.

—Yo sé la relación de Santa Catalina—dijo éste.

—¿La sabes? Pues *ímela*.

El niño recitó la siguiente:

¡Santa Catalina! mañana es tu día,
Subirás al cielo con santa alegría,
Y dirá San Pedro al verte llegar:

—¿Qué mujer es esta que viene á llamar?

—Yo soy Catalina, que quisiera entrar.

—Entra, palomita, en tu palomar.

—¡Qué preciosa es!—exclamó la niña.—
¿Sabes otra?

—Mira, Catalina—gritó su hermano, que estaba comiendo habas tostadas;—mira, en esta haba hay un coquito muerto, un coquito tostado.

Y se puso á cantar:

El coquito se ha muerto,
Dios lo perdone.
A enterrarlo lo llevan
Los cigarrones.

—¿Me das habas?—suplicó el niño forastero.

—Sí, toma. ¿Te gustan mucho, muchísimo?

—Sí, que me gustan; pero te las pido porque tengo mucha hambre.

—Pues qué, ¿no has comido?

—No.

—¿Ni almorzao?

—No.

—*Mae, mae*—gritaron ambos niños dirigiéndose á la suya:—este pobrecito niño no ha comido ni almorzado, y tiene mucha hambre; dénos usted pan para dárselo.

—¿Que no ha comido?—dijo la buena mujer, dando un pedazo de pan al niño con esa caridad cariñosa tan propia de las mujeres hacia los niños.—¿Pues no tienes padres, hijo mío?

—Sí; pero no tienen pan que darme.

—¡Pobrecito! Y ¿dónde están tus padres?

—Allí,—contestó el niño, señalando con el dedo hacia una callejuela que hacía esquina con la calle, y que formaban las tapias de los corrales inmediatos.

La buena mujer, seguida de los niños, se dirigió allí.

Sobre la hierba seca, arrimado á una tapia, estaba tendido un hombre miserablemente vestido, con la cara vuelta á la pared: tenía un pañuelo liado á la cabeza; á su lado yacía una hoz caída de su inerte mano, y se le hubiese creído abandonado cadáver, si en el suelo á su lado no hubiese estado sentada

una mujer que, apoyada su escuálida mejilla en la descarnada mano, clavaba en él sus miradas al través de las lágrimas que, después de llenar sus ojos surcaban su triste semblante, como en días de temporal surcan filtrados caños de lluvia las abandonadas paredes de las ruinas. El sol, al ponerse, alumbraba este lastimoso grupo con los rayos que se introducían por aquella callejuela, y que eran lánguidos y tristes como las miradas del que se despide.

Al verlos, preguntó la buena mujer, que se llamaba María, á la mujer forastera:

—Señora: ¿qué tiene su marido de usted?

—¡Una calentura de tabardillo que se lo lleva!—contestó prorrumpiendo en sollozos la interrogada.

—¡Ay Jesús! ¡Ay María Santísima!—exclamó compadecida la madre de los niños; — y usted ¿por qué no avisa y pide auxilio? ¿Estamos aquí acaso en tierra de herejes?

—Yo no conozco á nadie en esta tierra.

—No le hace; para gastar projimidad no es menester *conocencia*. ¡Pues qué! ¿ha de morir este infeliz como en tierra de moros? No en mis días.

En este momento llegóse á ellos un hombre de cara bondadosa, enérgica y serena.

—*Pae, pae*, —gritaron los niños: —ese pobre hombre se está muriendo, y dice éste, que es su hijo, que no tiene pan que darle.

—Juan José, —dijo á su vez la madre de los niños, —este infeliz está aquí sin amparo; esto es un dolor. Anda, si quieres, lo recogemos en casa y avisaremos al médico.

—¿Pues no he de querer? —respondió su marido. — *En la vida he dicho yo un «Perdone usted por Dios,» ¡bendita sea la Misericordia Divina! Siempre ha habido en mi cocina un rinconcito para los pobres, y más si llegan de noche, van de camino ó están malos, y siempre han tenido un pedazo de pan del que yo he comido (1). ¿Acaso no lo sabes tú, mujer?*

—Pues á ello, —dijo ésta; — *á levantálo*, Juan José; que yo le cogeré por un brazo y su mujer por el otro.

Como fué dicho fué hecho. Los niños cogieron: el uno la hoz; el otro el sombrero; el tercero un pequeño y miserable lío de ropa, y todos se encaminaron hacia la casa.

Colocado sobre una de esas gruesas esteras de anea que sirven en los cortijos y viñas á los trabajadores de camas, una zalea y unas sábanas, fué acostado en ella el en-

(1) Textuales palabras de un campesino, anotadas al oirlas pronunciar.

fermo, que permanecía completamente atargado, mientras Gasparito, con el encargo de *ir por los aires*, corría á llamar al médico. Acudió éste, que declaró al enfermo de mucho peligro, y que le recetó varios medicamentos, que se le hicieron con ese celo é inteligencia de enfermeras, que es una de las muchas prerrogativas del sexo que llaman *bello*, y que, con más propiedad pudiera llamarse piadoso.

Después de habérselos suministrado, y merced á una copiosa sangría, quedó el enfermo más sosegado, y al parecer dormido con un sueño natural y benéfico, y entonces pensó la familia en cenar su fresco y nutritivo gazpacho y esas frutas tan abundantes en este país y á que tan afecto es este pueblo, frugal, fino y elegante hasta en sus más materiales apetitos.



CAPÍTULO II

TRADICIÓN: Noticia de alguna cosa que viene de padres á hijos.

(Diccionario.)

EXCUSADO es decir que los primeros llamados á participar del *rancho*, como decía el amo de la casa, que había sido soldado, fueron la forastera y su hijo.

—¿Y de qué pueblo son ustedes? — preguntó Juan José á su huésped, presentándole la cortada de una magnífica sandía, que brillaba como encendido granate.

—De Treveles, en las Alpujarras, — contestó la interrogada.

—Allí he estado yo cuando servía al Rey, — repuso Juan José; — aquellos son pobres pueblos. Treveles está *espernacao* sobre el barranco de Poqueira.

—Verdad es, — repuso la pobre mujer, cuya apagada y triste mirada se animó un momento al recuerdo, tan de todos querido, del lugar en que nació y en que radicaba su hogar doméstico.

—Por más señas, — prosiguió Juan José, — que desde allí se columbran los picachos de Mulasén (Mulhá Hasem) y el de Veleta, que no llega al cielo porque su Divina Majestad no quiso, que no por falta de haberlo intentado.

—Oye, Juan José, ¿y por qué le llaman al picacho aquel de Veleta? ¿Tiene alguna?

—No la *vide*.

—No la tiene; pero la tuvo en tiempos atrás, — dijo la forastera, — cuando andaban moros y cristianos revueltos peleando por las Alpujarras. La guardaba un ángel, haciendo que señalase hacia España, y entonces ganaban los cristianos; pero si se descuidaba, venía el diablo y hacía que señalase hacia Berbería, y entonces ganaban los moros.

—Pero por más que hizo el diablo los echamos; ¡toma! ¡y más que hubieran sido!
— opinó el ex soldado.

—¿Y usted ha estado por esas alturas — preguntó la dueña de la casa á su huésped.

—Yo no, — respondió ésta; — pero sí mi Manuel un ciento de veces. En una ocasión fué á llevar á un inglés que quería verlas. Entre ambos picachos hay una hondonada que está llena de agua, y es una caldera que hicieron los diablos. En sus centros se oye un ruido muy asombroso, que lo hacen los mar-

tillazos que dan los diablos componiendo su caldera. Todo aquel sitio es un yermo, rocas peladas, y tan solitario y pavoroso, que dijo el inglés que aquello se parecía á semejanza de un mar muerto que hay por esos mundos.

— ¡Ay, *Mae!* ¿Y por qué se ha *morío?*
— preguntó la niña.

— Qué sé yo, — contestó su madre.

— *Pae,* — tornó á preguntar la niña, — ¿por qué aquel mar se ha *morío?* ¿Lo mató el moro?

— ¡Qué espilfarro! — contestó su padre, que no quiso, como lo había hecho su mujer, manifestar su ignorancia del hecho; — se ha muerto porque en este mundo todo se muere, hasta las mares.

— Y qué, — preguntó María, — ¿todo aquel monte está *asina?*

— No, que más abajo hay arbolado, castaños, encinas y monte bajo, y unos manzanos muy hermosos que plantaron los moros, y cuyas manzanas se llevan á vender á Granada.

— Y me dijeron, — añadió Juan José, — que hay allí unas cabras montaraces y bravías que corren más que agua cuesta abajo, saltan como cigarrones, y son tan prevenidas, que tienen á una siempre de centinela en una atalaya, que, en viendo peligro, golpea la roca con el pie, y entonces parten las

demás y desaparecen como una volada de perdigones.

—Mucha verdad que es, — repuso la huésped, — y que también hay cárabos (1), que son unos pájaros con alas y cara de gente.

—¿Qué está usted diciendo, señora? ¿Quién ha visto nunca semejantes avechuchos? — exclamó Juan José.

—Los ha visto mi Manuel y todo el que ha subido á aquellos vericuetos; y ha de saber usted que los cárabos y las cabras monteses lo son desde los tiempos que andaba Jesús por el mundo, que llegó por aquellos andurriales, que eran entonces unos frondosos verjeles en que pastaban cabras mansas y hermosas, guardadas por sus pastores. El Señor, que venía cansado, entró en una cabreriza y pidió á los pastores que le preparasen á él y á San Juan y á San Pedro, que lo acompañaban, un cabrito para cenar. Los pastores, que eran ruines moros, le respondieron que no tenían ninguno; pero el Señor insistió, y entonces, ¿qué hicieron esos desalmados? Mataron á un gato, lo guisaron y se lo pusieron sobre la mesa. Pero ¡ya se ve! el Señor, que conoce los corazones y sabe todo lo que pasa, por más oculto que se crea, es—

(1) Especie de buho.

taba al cabo de lo que habían hecho los pastores, se sentó y dijo:

Si eres cabrito
mantente frito,
y si eres gato
salta del plato.

Al punto se enderezó el animalito y echó á correr. El Señor, para castigar á los pastores, los convirtió en cárabos y á sus cabras en montaraces.

En este momento se oyó un quejido; todos acudieron al lecho del enfermo. Su alivio había sido momentáneo; la calentura había subido, originándole un ataque cerebral que en breves horas le causó la muerte, sin que por un instante volviese á su conocimiento.

Fácil es describir un dolor desesperado que se agita violentamente, grita y se subleva contra el infortunio; pero no lo es describir el dolor profundo, callado, humilde y resignado. La pobre viuda, que todo lo había perdido, hasta las fuerzas para trabajar, alzó los ojos al cielo, cruzó sus manos, hincó su cabeza, y su muerto corazón fué parando con su frío la débil vida orgánica de aquella infeliz.

No se vió despedida por la buena y caritativa familia que la había amparado; pero conoció que iba á ser para ésta una pesada carga, y aunque sumisa á su voluntad, rogó

al Señor de la *Buena Muerte*, del que era especial devota, que se la concediese cuanto antes como término de sus padecimientos, y el Señor se la concedió.

Una noche vió con indecible consuelo el lecho en que yacía postrada rodeado de buenas, devotas y compasivas almas; la casa se iluminó; un altar se alzó frente á su pobre cama, en el que se veía la efigie del Señor de la *Buena Muerte*, con los brazos abiertos al que le imploraba; todos traían flores, esas universales intérpretes de los sentimientos humanos, que así realzan las más augustas solemnidades, como poetizan y herмосean las más alegres fiestas, y que, cual si fuesen dones de los ángeles, se hallan, como éstos, lo mismo en las chozas que en los palacios, en los regios jardines que en el campo.

Sonó á lo lejos una campanilla que con su son argentino parecía decir: *Aquí viene el Señor de la Buena Muerte*.

Y así fué, porque, concluído que fué el solemne acto de recibir la enferma los Santos Sacramentos, alzó ésta sus ojos, en los que volvió á brillar su perdida alegría.

—Yo voy á dejar este valle de lágrimas, —dijo con débil voz,—y mediante la misericordia de Dios, voy á su presencia á pedirle que mire por este pobre niño desvalido, por este pobre huérfano...

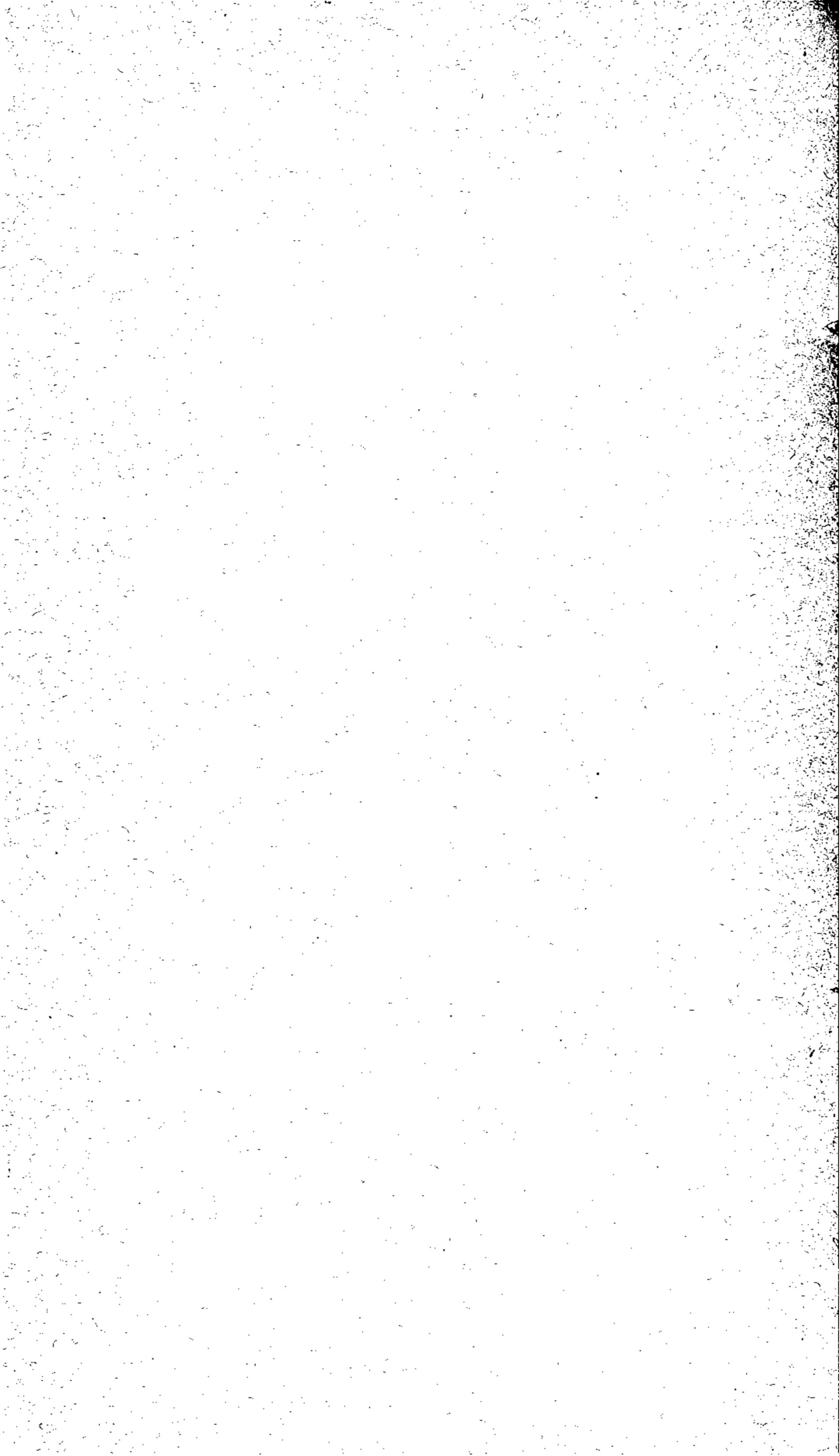
—¡Qué huérfano!—exclamó Juan José;—
pues ¿no sabe usted que es hijo nuestro?

La moribunda apoyó su pálido rostro
sobre la frente de su hijo, en la que quedó
sellada una lágrima, y le dijo:

—Hijo de mi alma, paga tú á nuestros
bienhechores tu deuda y la de tus padres; por
mí, sólo puedo pedir á Dios que los bendiga
como yo los bendigo.

—Juan José,—dijo el cura,—la bendición
de los moribundos es la herencia de más
valor que pueden legar á los que les sobre-
viven.







CAPITULO III

El que es bien nacido
es agradecido.

(Refrán.)

EN 1853, Gaspar y Miguel, criados como dos hermanos, habían llegado á ser hombres, y eran trabajadores y honrados, como el padre que los había guiado. Catalina era linda joven, recogida y hacendosa, como la madre á cuyo lado se había criado. Miguel, que tenía un corazón amante y noble, y por tanto, agradecido, amaba á la familia que le había prohiado con apasionada ternura, en particular á Catalina, hacia la cual sentía todo el cariño de un hermano y toda la ternura de un amante por la que desea hacer la compañera de su vida.

Muchos días de tranquila felicidad disfrutaron aquellos seres tan buenos y tan unidos; pero como la ventura y el azul del cielo no pueden ser permanentes, porque la tierra para dar sus frutos necesita la lluvia, y el hombre para aprender á apreciar bien esta

vida y la otra necesita las lágrimas, llegó el caso de que se vertiesen muchas en aquella casa para probar á sus moradores que su beneficio, casi con preferencia, se lo concede Dios á los pobres y á los buenos.

La quinta se promulgó, y ambos hijos entraron en suerte.

El que conozca la apasionada ternura de las madres del pueblo por sus hijos podrá comprender el dolor y desconsuelo de María. A ambos hijos creía amar igualmente; por ambos temía con igual angustia; con el mismo fervor rogaba á Dios y á su Madre porque saliesen libres el uno y el otro; pero cuando volvieron del sorteo y supo que la suerte de soldado había caído al hijo suyo, el grito que arrancó esta nueva á su corazón de madre:—¡Hijo de mis entrañas, á ti te había de haber tocado!—probó que el cariño de una madre no puede ser igualado por ninguno.

Miguel presenció con el corazón partido el dolor de María; dolor que todos los consuelos que tanto él como su marido la prodigaron no pudieron disminuir ni calmar.

Al día siguiente fué Juan José á llevar á su hijo á la caja de depósitos en que había de ingresar; pero ¡cuál no sería el asombro de ambos cuando le dijo el Comandante á Gaspar que estaba libre, y que podía volverse á su casa!

—¡Cómo!—exclamó estupefacto Gaspar;—
¿y por qué?

—Porque tienes un sustituto,—contestó el jefe.

—¿Yo?—tornó á preguntar cada vez más asombrado Gaspar.—¡Si eso no puede ser!

—¡Cómo que no puede ser! ¡Si está ya recibido y alistado el que lo es!

—Pero ¿quién es?—preguntó atónito Gaspar.

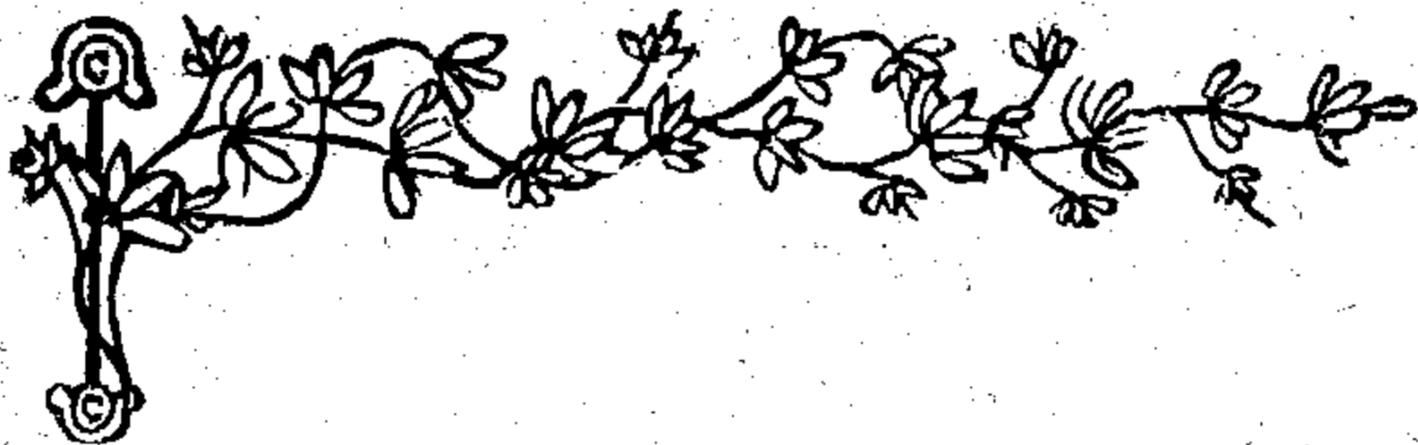
—Este mozo,—contestó el Comandante, señalando á aquel que la caridad de sus padres había criado como á hijo.

—Miguel: ¿qué has hecho?—exclamó conmovido Gaspar.

—Lo que mi madre al morir me encomendó, pagar una deuda;—contestó Miguel.

—Tú no tenías conmigo deuda ninguna,—repuso Gaspar;—yo sí que la tengo ahora contigo, y quiera Dios darme ocasión de pórtela pagar, hermano; que si se me presenta, á fe mía, no la despreciaré; no.





CAPITULO IV

¡Viva España! ¡Viva la
Reina!

El pueblo español.

Dos años después de estos referidos sucesos aguardaba una pena aún mayor á esta buena familia, tan unida y tan amante, como suelen serlo todas en los pueblos del campo. Miguel salió soldado, como antes Gaspar, y teniendo, por tanto, que servir su propia plaza, hubo de ser llamado de nuevo á las filas el hijo de sus padres adoptivos, á quien ya no podía sustituir. Transcurrieron cuatro años más; y cuando esperaban que, cumplido su tiempo, regresase Miguel á su casa, y Catalina preparaba sus vestidos de novia, resonó un grito que, dado por la Reina de España, se esparció por el país como la chispa eléctrica propia á despertar el genuino entusiasmo, el verdadero patriotismo español: *¡Viva España! ¡Muera el moro que la ultraja!* Este grito fué repetido por todos los ámbitos de la Península, acompañado de la vibración de la espada del guerrero, y por la del oro del pudiente, que ca-

yó en aras del honor del país; fué repetido por el pueblo, que dió su sangre; por el santo episcopado, que bendijo la causa del país y del cristianismo, y su voz arrastró tras sí, no sólo á las conciencias religiosas y timoratas, por su santidad, sino á todas, por su sabiduría, prudencia y acierto. Las hermanas de la Caridad ofrecieron sus consagrados servicios, las monjas elaboraron hilas y santos escapularios de la Virgen; las señoras hicieron también á millares hilas y vendajes, que humedecieron con sus lágrimas, y hasta los niños, entusiasmados, pidieron ir á la popular guerra del moro (1).

Miguel, que participó de la unánime exaltación por el general patriótico impulso, al

(1) Con muchos ejemplos podríamos acreditar este aserto; pero basta con transcribir aquí la carta que escribió un sobrino nuestro, hijo del Marqués de C..., y que aún no ha escrito sino planas, como se podrá notar por su manera de firmar.

«Señor gobernador:

»Aunque soy un niño de ocho años, *me escito* á decir á usted que quisiera perder mi vida por la patria, y que teniendo afición á las cosas militares me permita ir á pelear contra los moros.—La hizo P. P.»

Es de advertir que el carácter de este niño es dócil, y su índole más dulce y humilde que osada y arrogante.

Otro sobrino nuestro, algo mayor, que tiene dos tíos oficiales de Artillería, y un gran entusiasmo por seguir esa carrera, hallaba muy mal, y se desespe-

recibir su licencia se reenganchó, sin querer recibir premio de reenganche, por el tiempo que durase la guerra de Africa.

Juan José, que por el invierno se ejercitaba en la arriería, á la vuelta de uno de sus viajes, en que había visto á sus hijos que servían ambos en el regimiento del Rey, trajo esta nueva á su casa. Al saberla, la pobre María prorrumpió en llanto.

—¡Bien se dijo el año pasado cuando el cometa que parecía un galápago, que venía anunciando guerra contra el moro!—exclamó desconsolada.

—El cometa no era un galápago,—respondió su marido con bélica animación;—bien sabes que lo que se dijo fué que era la misma estrella que guió á los Reyes que vinieron á Belén á manifestar que era Cristo el Mesías verdadero; pues bien, los nuestros irán al moro á manifestar que ya están hartos los cristianos españoles de sufrir las barbaridades é insultos de la condenada morisma.

raba porque no les fuese permitido á los niños ir á la guerra de Africa. Pero niño,—le dijo el asistente de uno de sus tíos al oír sus lamentaciones,—si vinieses no podrías entrar en el colegio, como tanto lo deseas.—Lo deseo,—contestó el niño,—para *aprender* á ser artillero, y en la guerra lo aprenderé mejor que en los libros.

— Pero es que en esta guerra van á morir muchos, Juan José, y eso es un dolor; por más que con tus terribles digas que no.

— Ya, tú quisieras que esta guerra fuese como la que tienen entre sí las señás mujeres, guerra abierta, pero sin muertos; pues hija, la guerra entre los que se afeitan, y más si visten la casaca del Rey y llevan por delante la bandera de España que guardar, es otra cosa; ahí de lo que se trata es de vencer ó morir.

— Pues por lo mismo, —repuso angustiada María, — ¿no hubiera podido después de cumplido venir á su casa á estarse sosegado?

— ¡Ya se ve!... Como tú, á la copa é hielando; pero has de saber que ninguna embarcación nueva y velera quiere ser pontón; ¿estás?

María y Catalina seguían llorando.

— Si siquiera me hubieras dicho que ibas á verlos, —dijo la primera, — te hubiese dado, para que se los llevases, unos escapularios de la Virgen.

— Ya los tienen, ya los tienen, y bendecidos por el señor Obispo de Málaga; te lo he dicho ya, mujer; esta es una guerra santa que ha de alegrar á San Fernando en el cielo. ¡Por *vía* de las lloronas éstas! —añadió impa-

ciente, viendo que su mujer y su hija seguían derramando lágrimas;—pues ¿qué querías? ¿que se quedasen aquí como mujeres, en lugar de irles á meter el resuello para dentro á esos condenados que no creen en Cristo, que niegan su Santa Madre, que nos dicen á los españoles «gallinas y perros cristianos?» ¡Por mí la cuenta, que el caldo que le hagan estas gallinas no les ha de saber á más! No cogen á un español, mas que sea en tiempo de paz, que no empalen ó descuarticen; ¡mire usted que esto hace hervir la sangre á todo español! Yo no sé cómo me contengo que no me voy también; porque habéis de saber que los pies me hacen hormiguilla, y el día que menos lo penséis agarro el fusil y la manta, y allá me encampo.

—¡Juan José! Por María Santísima, ¿no basta con tener allá á tus hijos? ¿Nos ibas á dejar solas?

—Por poco tiempo sería.

—Calla, calla; Dios sabe por cuánto tiempo sería, que aquella gente está en su tierra, defienden sus casas y sabes que son feroces, bravías, arrojadas y valientes.

—Sí, que lo son; pero en cuanto á arrojados y valientes, más lo somos los españoles.

—¡Y Dios sabe las hambres y necesidades que van á pasar!

—No lo creas; mas cuando eso fuese, en dándole al soldado español agua, agua, ya va listo. ¡Vamos, si la alegría de aquella tropa al embarcarse era para vista! ¡Casca-beles, y que no me fuese yo con ellos!

—Juan José, por María Santísima, no tengas esos disparos de mozo, mira que tienes sesenta y cinco años.

—Tengo hoy veinte, mujer, tengo veinte; ¿estás?

—Tus bríos te engañan, y no he de consentir en que te vayas á la guerra teniendo en ella dos hijos.

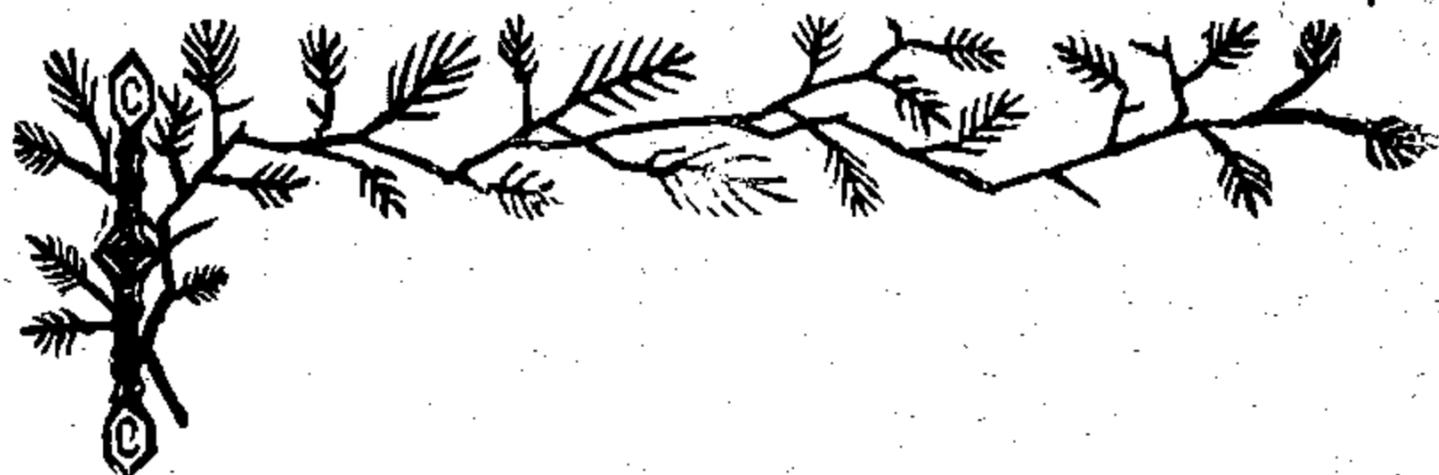
—Y si tuviese más allí estarían; pues ¿acaso piensas que he de ser yo menos que el padre del primer soldado muerto en la toma del Serrallo, que cuando lo supo llamó á otro hijo, se fué al Alcalde de su pueblo y le dijo: —Mi hijo ha muerto en el ejército de Africa, aquí traigo á otro que lo reemplace?

—Por lo visto ¿eres capaz de haber empujado á Miguel á que fuese al moro?

—No necesitaba Miguel que lo empujasen; Miguel ha hecho bien, y *asina* se lo dije. Anda confiado, le grité al despedirme, que la veleta de tu tierra señala para España; no te amilanes si hay algún revés, que en la guerra, como no sea por un milagro de Dios, alguno ha de haber; pero pocos han de ser, y poco ha de arrimarse el diablo á la veleta del pi-

cacho de las Alpujarras, porque el que á la presente cuida de ella es un Arcángel, tu patrono Miguel y el de la España, y ése no se descuida y tiene á raya al diablo.





CAPITULO V

Sí, que los manes de Guzmán el Bueno,
Del gran Cortés, de Córdoba y Pizarro,
Por tí constantes velan, madre España;
Y el mundo todo, de respeto lleno,
Aún ha de verte en el triunfante carro
Y ha de admirar hazaña tras hazaña.

(Fernando de Gabriel.)



ALGÚN tiempo después fué Juan José con su mulo por una carga de peros á Ronda. Allí supo que podría llegar sin mucha dificultad al campamento cristiano en Africa.

—Pues, señor, — pensó entonces, — lo mismo podré vender mis peros allí que lo haría en Jerez ó Málaga; pues allí me voy; *asina* veré á mis hijos y aquel teclado, que será digno de verse.

Y como lo pensó lo hizo.

Muy ajenas de esto estaban María y Catalina, cuando á los seis ú ocho días regresó Juan José á su casa, y después de haber llevado el mulo á la cuadra y arreglado sus cosas con mucha cachaza, se sentó y dijo á su mujer y á su hija:

—Muchas memorias de los muchachos, y que desean que al recibirlas gocen ustedes de perfecta salud, como la que disfrutaban ellos.

—¿Qué estás diciendo, Juan José?

—Digo que muchas memorias de los muchachos.

—¿Has tenido carta?

—No, que la carta soy yo.

—¡Tú! Pues ¿qué quieres decir con eso?

—Que fui y vengo de Berbería sin haber perdido la derecha, con mi mulo Orejero, que empinó poco las suyas cuando al llegar por aquellos vericuetos se halló tanta algazara, tanto moro, tanta fiesta y tanto tiroteo.

—¡María Santísima! ¿Y á qué fuistes, temerario?

—A vender unos peros, que me pagaron retebién; á ver á los muchachos, que hallé buenos y más contentos que unas pascuas, y á matar á tres moros, que no le volverán á decir «perro cristiano» á ningún bautizado. Con que ya ves, mujer, que no he perdido el viaje.

—¡Esto has hecho! ¡Dios nos asista, Dios nos asista! — exclamó santiguándose la buena mujer: — ¿Tres moros mataste? Eso no habrá podido ser sino que fuesen indefensos, vencidos ó rendidos; ¿y esto has hecho?

—María: ¿qué estás diciendo? — repuso su marido. — ¿Acaso no sabes que matar á un

indefenso es contra la honra y cosa de verdugo? ¿No sabes que matar al rendido es una villanía y hacerse carnicero de humanos? ¿No sabes que matar al que pide la vida es de perversos cobardes, que ultrajan con eso el nombre de cristianos y difaman el de español? En buena guerra los maté, María, cuando ellos, armados, me querían matar á mí y á mis compañeros. De sobra sé que la gloria está, no en *matar*, sino en *vencer* al enemigo, y no quisiera yo á la hora de mi muerte tener que recordar una muerte mal dada. Te digo, así Dios me asista, que los maté en toda ley, como bueno, y *asina* mueren todos, porque no se quieren rendir, ni con la bayoneta sobre el pecho.

—¡Jesús! — exclamó María. — ¿Y por qué?

—Porque sus santos les han hecho creer que los españoles son tan feroces como ellos y que queman vivos á los heridos y prisioneros que cogen. A ti te parecía que para la guerra no servían sino los chavales, y que con mis sesenta y cinco años no servía yo para el caso; pues te engañaste, te engañaste, que yo soy de buena *caliá*, y aunque se gastó el acero, queda el hierro, ¿estás? Y que soy buen soldado, pero no asesino, ¿estás?

—Perdona, Juan José; no me paré...

—Pues ya se ve que no te paraste, ni te has acordado de que tu marido es cristiano

viejo y español bien nacido, que sabe arremeter á los enemigos de su fe, de su Patria y de su Reina; pero que jamás se deshonorra por matar á un indefenso, ni se envilece con acabar al vencido, ni se hace tigre negando la vida al que se la pide, más que fuese éste el mismo Barrabás en persona.

—¿Iban ganando los nuestros, Juan José?

—¡Vaya! Ganando siempre, ahora, antes y después.

—Pero es que he oído decir, Juan José, que vienen muchos más moros con un hermano de su rey que le dicen *Muele-Habas*.

—¡Que vengan! que eso es lo que se desea; pero no creas tú que esos moros de rey sean como los del Riff, que son los más valientes y bravíos, y que nada han podido todos contra sólo la división de Echagüe, que se ha llenado de gloria como el sol de rayos; ¡por vía de sanes, que ya puede la Reina Isabel estar ufana con la tropa que tiene! Como te lo estaba diciendo.

Cuando llegué á Algeciras me embarqué con mi mulo y con mis peros; y cuenta que eso de embarcarme no me hace ni chispa de gracia, porque los borricos que andan por las veredas del mar, si se caen no se levantan. Desembarqué en Ceuta, y de allí me fui con mi mulo y mis peros al campamento, y no bien vi allá arriba en el Serrallo la ban-

dera de España, se me ensanchó el corazón que no me cabía en el pecho. Llegué al campamento y vendí mis peros por el aire, que allí no falta plata, ni humor para gastarla. ¡Qué algazara, María! Aquello parecía una feria de las más alegres; no se oía más que guitarras, cantes y vivas á la Reina.

Viva Isabel segunda,
Porque ha dispuesto
Su tesoro y sus joyas
En favor nuestro.

No te digo más sino que el General en jefe ha tenido que prohibir que haya de noche tanta guitarra y cante, porque á los condenados moros les servía de puntería. Preguntando estaba por el regimiento del Rey cuando tocan la corneta, agarran los nuestros el fusil, gritan: «¡Viva Isabel II! ¡Viva España!» y se ponen en marcha. Yo dejé el mulo y me fuí detrás, y me podéis creer que aquello era digno de verse, y le hubiese descuajado la sangre á un muerto. Cada soldado de los nuestros era un Bernardo; cada oficial un Pizarro; cada general un Cid. No parecía sino que Santiago en su caballo blanco iba por delante: de tal manera arrollaban á los moros, que son todos guerreros y tres veces más. No os pudiera referir todo lo que vide, ni con cien bocas que tuviese. Yo vide al General Quesada coger un fusil y cargar-

los el primero á la bayoneta.—¡Ah, buen hijo de buen padre! dije para mi chaleco, que yo serví con aquél y era otro de los de punta. ¡Pero qué digo yo otro, si de punta lo son todos! Yo vide más balas pasar por cima de la cabeza del General en jefe que grajeas un día de Carnestolendas. Yo vide al regimiento de Granada, con su valiente coronel D. Miguel Trillo á la cabeza, dar gritando ¡Viva la Reina! una carga á la bayoneta que hizo huir á los moros espantados, y oí al General en jefe que le decía que aquella hazaña merecía dos entorchados, á lo que aquel generoso jefe respondió:—«Nada para mí, mi General; todo para mi batallón.»—Oí al General en jefe preguntar á unos soldados del regimiento de Zamora:—«¿Qué tal, muchachos? ¿Habéis ya recibido el bautismo?»—Sí, señor, mi General, contestaron los soldados, y se lo hemos roto á muchos moros.» En fin, María, si fuese á referir cuanto allí vi, habría para no acabar hasta el día del juicio. Pero á quien yo no quitaba ojo, María, era á nuestros hijos, y ¿cómo no se batirían cuando lo notó el General en jefe que estaba por la cercanía, y acercándose á Miguel le dijo:—«Bien te has batido; di ahora ¿qué quieres?»—Seguir batiéndome, mi general,» contestó Miguel, y al punto le dió el General la cruz de San Fernando. Yo no sé lo que por mí pasó; pero me

pensé que se me iba la chaveta: no fuí dueño de mí y corrí á abrazarle, cuando vi uno de aquellos lobos aulladores herir á uno de los nuestros, que cayó á la vera mía.—«¿Sí? dije, cogiendo el fusil del herido: no matarás tú otro valiente cristiano;»—y lo despaché, y una vez metido en danza despaché otros dos, y di con los muchachos una carga á la bayoneta que le puso alas á los pies de los moros, que, si bien son de mano pesada para la embestida, son de pies ligeros para la huída. Después, viniéndose la noche, entregué el fusil y me vine á buscar mi mulo, al que por lo visto no le cuadró aquella fiesta de moros y cristianos, y que, según me endilgaron, se había encaminado como mulo de paz al abrigo de las murallas de Ceuta.

Aquella noche se desencadenó una tempestad que estoy para mí que desde que el mundo es mundo no ha habido otra. Yo me pensé que entre la mar, el viento y la lluvia, acababan con el mundo entero. Pero á la mañana siguiente estábamos todos como si tal cosa, y si por acaso envió el diablo aquella y otras por empeño de su amigo *Majoma* para amilanar á sus contrarios, pudieron ambos quedar convencidos de que á los españoles no los amilanan los bramidos de los elementos ni los aullidos de sus moros bravíos. Y ahora que miento esa palabra, has de

saber, mujer, que la gente *civilizá* le dice á nuestros soldados *bravos*.

—¡Oiga! ¿Y por qué? — preguntó María; — ¿por rudos?

—¡Qué por rudos! Por valientes, guapos, denodados, bizarros, como en mi tiempo se decía.

—Pues ¿y por qué?

—Porque aquellas voces son viejas y no están de *moa*. — Pero, como te iba diciendo, por la mañana me levanté y me encaminé al campamento á platicar con los muchachos, pues, como referí, el día antes no nos lo había permitido el moro. Cuando llegué me hallé al regimiento del Rey formado por completo, con su música y todo. — ¿Qué será esto? pensé. El Hacho, que es la vigía, no ha dicho esta boca es mía; de manera que no hay moros en la costa. ¿Por qué estará formado este regimiento y los otros no? Aquello me iba haciendo á mí tilín. Me acerqué, las músicas tocaban que era un contento, cuando se pone delante el Coronel y manda que haya silencio, — y dice en voz recia para ser oído de todos:

—«El General en jefe se ha enterado con gran satisfacción de que en la tarde del 24 de Noviembre un soldado del regimiento del Rey, que me honro en mandar, encontrándose herido su compañero y amigo y en po-

der de los moros, este valiente soldado, animado de los más nobles sentimientos, armó su bayoneta, y lanzándose heroicamente sobre los moros, y matando á los que le retenían, les arrebató á su amigo herido, le cargó sobre sus hombros, atendiendo más á su vida que á la propia, y arrancándole de una muerte segura, se incorporó con él á la compañía; y deseoso de recompensar de un modo ostensible al que de una manera tan admirable reúne el valor del guerrero y la piedad del cristiano, le remite la adjunta medalla de oro que el Ateneo de Cádiz costea y mandó grabar con el objeto de que fuese galardón, insigne de un hecho que en ambos conceptos unidos sobresaliese, debiéndose entregar al frente de su regimiento formado, para que le sirva de estímulo al referido denodado y generoso soldado...»

Al anciano, hasta allí tan animado, en este instante le faltó la voz para proseguir.

—Y bien,—preguntó su mujer hondamente conmovida por la relación que oía,—Juan José: ¿por qué te paras? Sigue.

—Es que no lo puedo decir, se me anuda la garganta, porque al que llamaron, y el que salió de la fila para recibir de manos de su coronel la medalla de oro, era...

—¿Quién era? ¿Por qué te perturbas?

—Era... mi hijo, ¡era Gaspar! (1).

—¡Hijo de mi alma! ¡Y la Virgen me lo sacó ileso!—exclamó María.

—¡Hermano de mi vida! ¡Y salvó á Miguel!—murmuró Catalina.

—¡Y mató tres moros! ¡Ah, buen hijo, honra de mis canas!—añadió con entusiasta ternura Juan José.

Hubo un rato de silencio en que las lágrimas no dejaron á aquella infeliz familia sino cruzar sus manos y alzar sus ojos al cielo.

Algo repuesto Juan José prosiguió su relación en estos términos:

—Concluído el *auto*, me fuí á buscar á mis muchachos. ¡Yo no puedo decir, María, lo que por mí pasó cuando los vide, al uno con su medalla de oro y al otro con su cruz de San Fernando. Lo que sí puedo decirte es que ni la Reina Isabel, que Dios bendiga y guarde, puede estar más ufana con su cetro y su corona que lo estaba yo con mi Gaspar y mi Miguel. Si contento estaba Gaspar, más lo estaba Miguel, al que se le saltaban los ojos de la cara. El otro estaba á modo de parado. ¡Bien, hijo, bien! le dije; *asina* se portan los españoles cuando pelean por su tierra,

(1) El soldado en quien recayó el premio á que se alude se llama Francisco López, y es natural del pueblo de Fuentes, en Andalucía.

por su Reina y por su fe, teniendo presente que el que es valiente sin ser piadoso es valiente á lo bruto, como lo son ellos. Has merecido la medalla, hijo mío, y la bendición de tu padre.

—Pues, señor, ¿qué es lo que he hecho? —dijo Gaspar, que como todo valiente legítimo no es arrogante ni vocinglero, y no se tiene en más, sino en menos de lo que es.

—Has salvado la vida á tu hermano, dije yo.

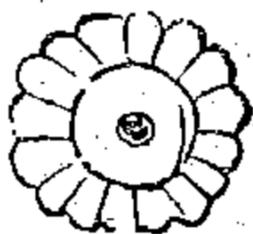
—Y con una acción tan heroica—añadió Miguel—que se estampará en letras de oro.

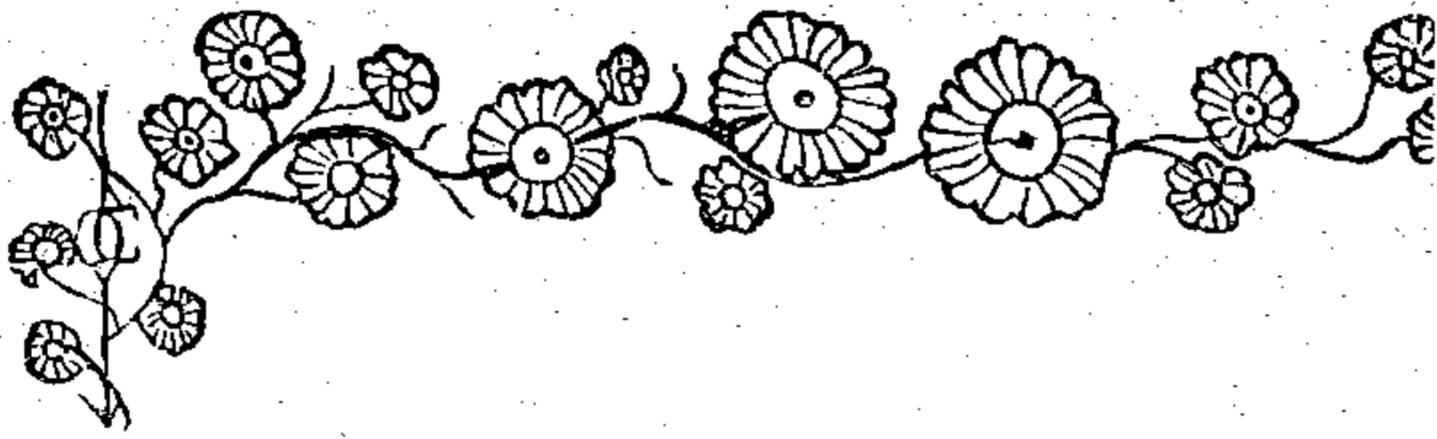
—¡Qué! No, hombre,—respondió nuestro Gaspar, pasando su brazo al cuello de su hermano;— lo que he hecho es *pagar una deuda*.

—Pues también á la morería se la pagó España con *reitos*, dije yo; y estoy para mí que no le han de quedar ganas de volverse á entrapar; *asina*, ya ves, mujer, todos los bienes que nos ha traído la guerra. ¡Viva la guerra!

—Juan José,—contestó su mujer,—porque á nosotros nos haya sido favorable, y eso será por la bendición de aquella madre moribunda, no debemos olvidar los muchos males que origina; los infelices que sufren, los que quedan inutilizados, los que mueren, y las muchas familias que á estas horas lloran

y visten luto; que la guerra es una calamidad, y así debemos pedir á Dios con toda nuestra alma y corazón por la paz, que el cántico de los ángeles es: «¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»





CAPÍTULO VI

Lo que mucho vale
mucho cuesta.

(Refrán.)

Dos meses después, era á mediados de Enero, estaban sentados una noche alrededor del brasero Juan José, su mujer y su hija. El cielo hacía muchos días que se hallaba cubierto de una espesa capa de nubes, como un sudario, que vertían las aguas que contenían con una perseverancia poco común en los temporales. El viento que venía de Levante mugía, cual si para espantar á España trajese los amenazadores aullidos de los salvajes hijos de Africa y los bramidos de sus leones.

—¡Qué estarán pasando! — dijo en queda y ahogada voz Catalina.

—¡Ay, Dios de mi vida! — añadió su madre; — ¡pantanos por suelo, tiendas que se calan por abrigo y el cólera que los diezma, y el Moro que los acecha y persigue traidoramente, y estas noches eternas que se tragan los días! No hay fuerzas ni espíritu que pueda resistir á tantos males.

—Y no es esto lo peor, — añadió Juan José con la impremeditada franqueza campesina, dando con el pie un fuerte golpe en el suelo, y alzando los ojos al cielo.

—¿Que no son esas las cosas peores? — preguntó ansiosa y asombrada María — pues ¿qué más queda, Juan José? ¿Qué más, di?

—¡El hambre! — contestó con fúnebre voz su marido.

—¡María Santísima! — exclamó aterrada la pobre madre; — ¡qué dices hombre! Pues ¿y las provisiones?

—Las provisiones no las hallan allí, y tienen que ir de España y embarcadas; y aunque bastantes llevan, tienen que renovarse, y con estos temporales, que no tienen tregua ni fin, no pueden pasar el Estrecho ni los pájaros. Esos son, María, los azares de la guerra; y si á Dios plugo cabalmente en estos días mandar todos sus temporales, será, María, para probar nuestro valor y constancia, para que acudamos á Él y le pidamos su poderoso auxilio, y para que, comprada más cara, sea más brillante y más celebrada la victoria.

—O más sentidos y llorados los padeceres y muertes de los nuestros, — repuso su mujer; — ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Inclemencias del tiempo, epidemia, enemigos fieros y traicioneros por

todas partes, y hambre! ¿A quién no decaen los ánimos?

—Al soldado español, María.

—Y los Generales y los usías se vendrán.

—Ni uno, María, ni uno; y si alguno por heridas ó males tuviese que venirse, lo hará desesperado y á más no poder; yo los conozco, María, yo los conozco.

—Pues qué, ¿van todos á perecer?

—No lo creas, que Dios y María Santísima los sacará con bien; esto tenlo por artículo de fe.

—Pues pidámoselo, — gimió la pobre madre. — ¡Madre mía de los Desamparados! ¿Dónde están mis hijos? ¿Qué es de ellos? ¿Son vivos? Si lo son, ¡qué no estarán pasando, y qué van á pasar si Tú no los amparas! ¡Qué angustiados estarán sus corazones! ¡Qué caídos sus ánimos! ¡Si siquiera, Madre mía, tuviese noticia de ellos! Roguemos á la Señora para que interceda por ellos.

La familia empezó á rezar el rosario con ese fervor que trueca la angustia en esperanza, y el desconsuelo en resignación: y no bien habían concluído, cuando un chiquillo gritó desde la puerta:

—Tío Juan José: dice mi padre que en el correo tiene usted una carta, y que es de allá del campamento de los cristianos.

Juan José, con la agilidad de los veinte

años, se precipitó fuera de la casa, mientras María y su hija habían caído de rodillas levantando sus cruzadas manos hacia una imagen de la Virgen.

Juan José volvió con un compadre suyo que sabía leer, el cual leyó en alta voz la carta que en su trémula mano traía aquél.

«Mis queridos padres (1): Espero que al recibo de ésta estarán ustedes en cabal salud, como la que para mí deseo. Yo y Miguel estamos buenos, para lo que ustedes quieran mandar. El cólera vuelve á ensañarse, pero nos reímos de él. Cada día de fuego es para nosotros un día de gozo y de placer, sólo por cubrir de lauro á nuestra patria y ver el ardor de todos, pues cada día va siendo más, así en nosotros los *come-rancho*, como en los oficiales y generales, á cual más. Eso del rancho, escasillo ha andado estos días atrás; porque la mar estaba más bravía que los mismos moros, y no podían llegar los barcos con los socorros; pero ¿qué le hace? ¡Lo peor era que no teníamos tabaco! Asina sucedió que el General en jefe, que andaba animándonos como un padre muy *respetuoso*, pero muy cuidadoso, se llegó á mí y me dijo: — ¿Qué

(1) Esta carta, en casi su totalidad, está compuesta de retazos de cartas de soldados, de las que unas han sido impresas en los diarios y otras hemos visto originales.

tal, muchacho? ¿Tienes mucha hambre? Y yo le contesté: — El hambre no es cosa, mi General, y si tuviese... si tuviese un cigarrillo... — Pues ¿saben ustedes lo que hizo? se fué á su tienda y sacó un cajón de cigarros diforme que le había regalado S. M. la Reina para la campaña, y diciendo que S. M. se alegraría que hubiese servido para aliviar en sus fatigas á sus fieles soldados, nos lo repartió todo. Recibimos víveres, gracias á la Marina, que en esta ocasión no parecía la hermana, sino la madre del ejército; y á ese valiente y activo general Bustillo no le pagamos ni con cien vidas que tuviésemos. ¡Viva la Marina, padre! más que á su mercé no le guste la mar.

»Padre: ha de saber usted que ha llegado aquí un Príncipe de casa real de Francia. Aunque alto y de gallarda presencia, es criatura y no tiene más que diez y siete años. Si lo hubiese visto su mercé, habría dicho que era chaval y que no servía para el caso; pero ya habría usted mudado de parecer viéndolo arremeter al Moro. ¡A fe que desde Santiago acá creía yo que sólo los españoles arremetían de aquella manera á la morisma. Acá nos pensamos que lo que quería hacer era otra hazaña como la que contaba la madre de Miguel, de Hernando del Pulgar allá en su tierra de Granada, y que iba á enclavar el *Ave*

María en la tienda de D. Manuel Habas, y lo hubiera hecho si no lo detienen... Mire usted, padre, que es una cosa muy noble y digna de admirarse; ¡venirse, sin que nada le obligue, á esta guerra que tiene tres pares de tacones, sólo por acreditarse de valiente! Verdad es que tener ese renombre vale más que todo el oro del mundo, y le *alevanta* á uno una cuarta del suelo.

»Padre: más de cuatro cargas á la bayoneta hemos dado como aquella en que tomó su mercé parte. Esas cargas no les gustan mucho que digamos á los moros, que oyendo el toque de la calacuerda (1), á la que le hemos puesto por nombre la polka del general Prim, pierden pie, color y posiciones (2).

»Miguel me da muchas memorias, y que sepa Catalina que no la olvida, y que diga á usted, padre, que razón llevaba en lo que dijo, que su santo no descuidaría la veleta que siempre ha señalado para España, pues ni una vez hemos sido derrotados, y cuenta con que los moros son valientes hombrones,

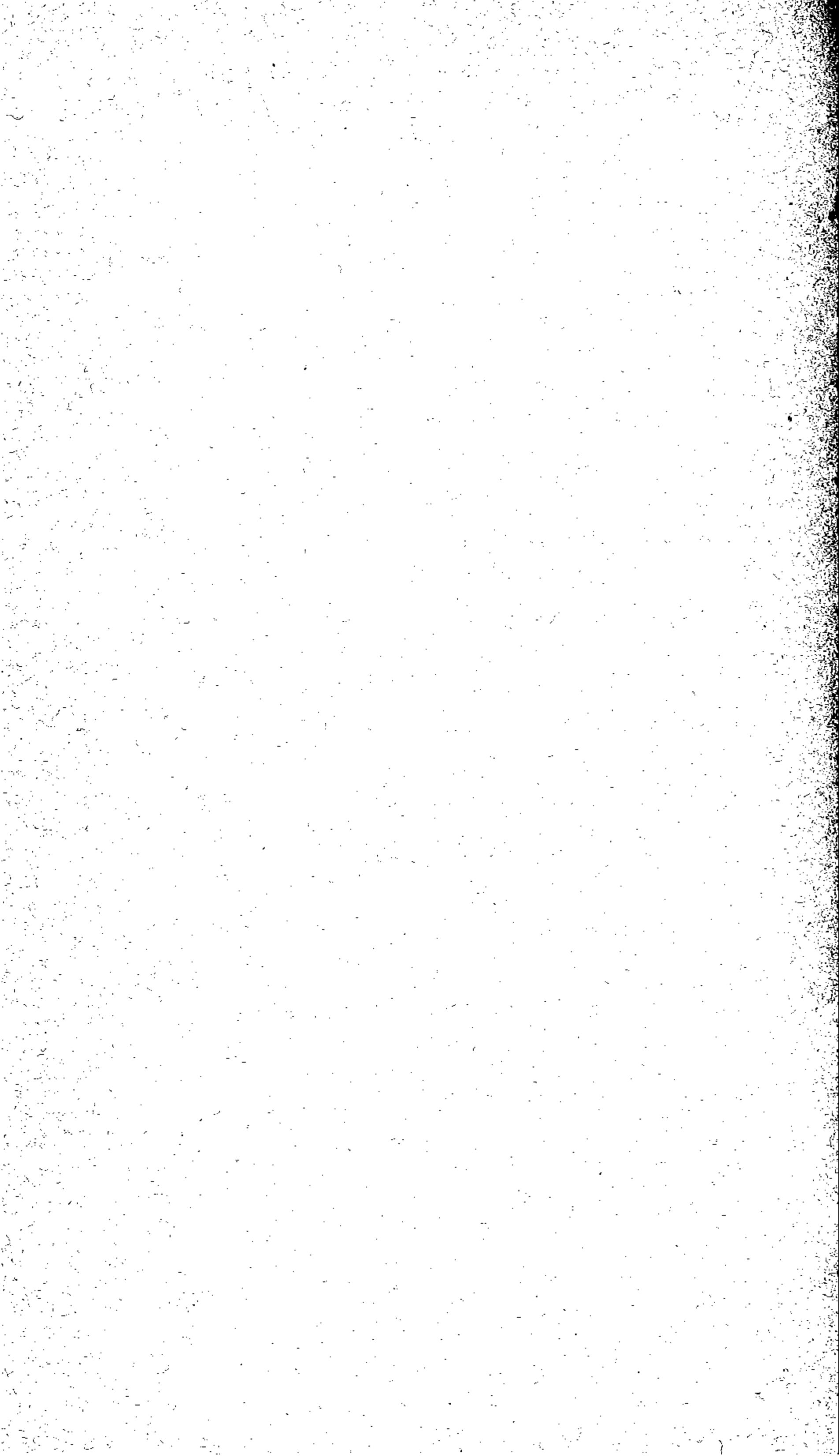
(1) Toque de atacar á la bayoneta.

(2) Este es el lugar de consignar que esa misma división, con su general Prim, al hacer un reconocimiento, á dos leguas de Tetuán, encontraron á una pobre mora anciana, desfallecida y abandonada por los moros, y que trayendo una camilla sobre sus hombros, la condujeron á Tetuán como hermanas de la Caridad.

y que pelean desesperadamente y con coraje. Con esto se despide pidiendo á ustedes su bendición, su hijo—*Gaspar*.

»Madre: no entro una vez en fuego sin encomendarme á la Virgen, como me lo tiene usted *aprevenido*.»

Fácil será comprender el enajenamiento de los padres al oír leer tan alegre y animada carta, cuya lectura fué muchas veces repetida, porque desde que cundió por el pueblo que había carta de Africa, se les fué llenando la casa de gentes, ávidas de saber noticias de la más nacional y popular guerra que ha habido en España después de la de la Independencia.





CAPITULO VII.

Sí; que al Africa llevando
La victoria con la lucha,
Lauros de Isabel primera
Renueva Isabel segunda.

José González de Tejada.

PASARON días, y volvió á apoderarse la inquietud del corazón de la tierna madre.

—Juan José,—le decía á su marido;—nada se sabe, y eso es que no podrán entrar en Tetuán.

—Calla, simple,—contestaba su marido,—que donde entra el sol entran los españoles; pero ¿no sabes tú que no se ganó Zamora en una hora, y que no puede pasar la artillería por pantanos y tienen que hacerle una calzada? A las señás mujeres, que no entienden de guerra, se les figura que tomar una plaza fuerte en país enemigo es quizás un buñuelo que se echa á freir.

Pero el día 5 de Febrero, un arriero que venía de Jerez trajo á Bornos la noticia, llegada allí por telégrafo, de haber habido el

día antes una reñida acción frente á Tetuán, en que, como en las anteriores, habían salido victoriosos los españoles, habiéndose hecho dueños de cinco campamentos enemigos, aunque á costa de grandes pérdidas.

El entusiasmo, unido á una angustiosa inquietud, hicieron á Juan José no poder permanecer en el pueblo, y se puso en camino para Jerez. Allí supo que los heridos en aquel memorable día debían ser conducidos á Sevilla, y saliendo un tren de materiales del camino de hierro en aquella dirección, suplicó que lo admitiesen en él.

Amaneció el día 7 de Febrero, día para siempre memorable en los fastos de España. No rayaba aún el alba, cuando las sonoras campanas de la catedral de Sevilla, que tanto conmueven, esparciendo, autorizando y solemnizando la alegría, anunciaron al dormido pueblo el grande y fausto acontecimiento de la toma de Tetuán. No es posible dar una idea de la impresión causada por aquellos sonidos, pues ¿quién es el que puede escribir el apogeo del más unánime, ardiente y nacional entusiasmo? Pero hablen algunos hechos.

Los sacerdotes que acudían á las iglesias para decir misa, unidos la dijeron solemne, y en seguida cantaron el *Te Deum*, ese augusto himno de gracias al Señor.

Los respetables generales Guajardo y Hernández, autoridades militares del distrito, y veteranos ambos, que no tienen una hoja en su corona de laurel que pueda marchitar el tiempo, cuando se vieron, no pudieron pronunciar una palabra y cayeron en brazos uno del otro, arrancando la vista de este noble espectáculo lágrimas á los oficiales que estaban presentes. Cuando el Alcalde se presentó al Arzobispo á pedir su consentimiento para sacar en procesión á la Virgen Pura, patrona de España, y el estandarte y espada de San Fernando, el venerable Príncipe de la Iglesia prorrumpió en llanto, haciéndoselo derramar igualmente al Alcalde; lo cual, visto por un hombre del pueblo, se arrojó á él diciéndole: *Señor alcalde: permítame su señoría que le abrace.* El pueblo gritó que quería ver á su venerado pastor, y éste se presentó en el balcón bendiciendo á su grey, que lo vitoreaba con entusiasmo. La Virgen de los Reyes y el cuerpo de San Fernando fueron descubiertos, y á su lado puestos los centinelas de honor acostumbrados. En su magnífica capilla entraban las hermandades de mujeres en procesión; dando á voces gracias á la Señora. Músicas recorrían las calles, seguidas de una muchedumbre ebria de gozo, que vitoreaba á la Reina, á España, al Ejército y á los Generales que le habían con-

ducido á la victoria, y que se detenían ante las casas en que se hallaban jefes ú oficiales heridos en esta gloriosa guerra, para vitorearlos.

En la plaza un vendedor de naranjas abandonó su puesto y su mercancía, dejando un letrero que decía: *El dueño de este puesto se ha vuelto loco de alegría, y ahí queda eso.* Otros rompieron las cántaras de un aguador (cuyo importe abonaron en seguida) diciendo:—¿Qué es esto?—Agua.—Hoy no se bebe en Sevilla sino vino.—Más allá gritaba otro grupo: *¡Nadie duerme esta noche; el que duerma es un inglés!*—¿Qué alegría,—decían las mujeres,—*ni el Sábado Santo!*—Banderas en las torres, colgaduras en todas las casas, el hermoso ruido de la alegría por todas partes.

—Parte telegráfico,—gritaban los ciegos desatinados,—de la entrada de nuestras valientes tropas en la gran ciudad de Tetuán, y de que á los moros se los ha llevado el demonio.—*¡Viva España! ¡Viva la Reina! ¡Viva el ejército! ¡Vivan los moros!*—Hombre, ¿qué está usted diciendo? ¿que vivan los moros?—Sí, para volverlos á matar.

Tal es el entusiasmo español cuando es unánime, legítimo y de buena ley; acude á sus iglesias, saca en procesión á su Patrona la Virgen Pura, vitorea á su Reina, á sus

prelados, á sus autoridades, á su patria; aclama á su ejército que le da poder y gloria, á su caudillo y á los generales que lo guían, á los que traen de la guerra gloriosas heridas, y el odioso *muera* no lo halla ni para sus feroces enemigos. ¡Y vosotros, que estáis en Africa y tan inmenso regocijo habéis proporcionado á vuestra patria y no podéis ser testigos de la gratitud con que os paga!

Podrá ser que el entusiasmo unánime y frenético inspirado por la toma de una ciudad mora, por grande que sea el hecho de armas que la puso en poder de los españoles, parezca exagerado; pero no lo es, porque, en primer lugar, el pueblo, con su admirable instinto, sabe que el éxito en todas cosas es el que las avalora; siente además que no es sólo una ciudad mora y otras ventajas que pueda reportar lo que ha proporcionado á España su ejército, sino que siente que del fuego marroquí se ha alzado el fénix español, volando hacia un glorioso porvenir; y en segundo lugar, porque con estas demostraciones públicas, con esta ardiente expansión, paga el país á su ejército tres meses de admiración, de interés y de simpatía. Esto se debía por sus sufrimientos, por su constancia, por su valor sin igual, por su humanidad sin límites. Esta deuda tenía la patria, y se la pagaba en amor, en admiración y entusiasmo.

El día 8 continuó la misma alegría: procesiones, salvas y tantos tiros, que hubo quien dijo que se había gastado tanta pólvora como para tomar á Tetuán. Pusiéronle el 9 á una de las calles principales el nombre de calle de Tetuán, lo cual se hizo yendo á las ocho de la noche el Ayuntamiento con el retrato de la Reina.

Pero entretanto, nada sabía María de Juan José. Cundían exageradas las pérdidas á costa de las cuales se había obtenido la gran victoria. María no pudo contener su ansiedad, y partió, como otras muchas madres de los pueblos, para la capital, donde debían ser conducidos los heridos, quienes podrían quizá darle noticias de sus hijos.

Llegaron madre é hija el día 9 al anoche-
cer á Sevilla, y después de descansar unos momentos en un mesón, salieron para tomar informes del lugar á que habían sido conducidos los heridos recientemente traídos.

Un inmenso gentío y un entusiasta clamoreo les avisó que se acercaba la procesión, en la que se llevaba el retrato de la Reina. Subiéronse en el poyete de un zaguán para dejar pasar. Abrían la marcha cinco batidores á caballo y una numerosa música; seguía la guardia municipal á pie; á continuación llevaban cuatro banderas seguidas de una porción de personas con hachones encendi-

dos, y después los heridos de África coronados de laurel, y llevando banderines en que se leían en letras de plata los nombres de las principales victorias alcanzadas por el Ejército. Marchaba luego el Ayuntamiento presidido por el Gobernador civil y por el retrato de nuestra augusta Soberana, llevado por dos concejales, y cerraba la marcha un piquete de infantería con otra banda de música á la cabeza.

—¡Allí vienen los heridos!—decían las gentes apiñadas; y los vivas eran más entusiasmados, y las lágrimas corrían presurosas por las mejillas de las mujeres, al paso que se detenían asombradas, antes de ir á perderse entre los negros ó canos bigotes.

—¡Mirad aquél, mirad aquél, pobrecito! no puede andar solo, lo vienen sosteniendo;—decían al lado de María, señalando á un joven que con el brazo y el hombro vendado, coronada su pálida frente con una corona de laurel, y llevando en la mano un banderín con un letrero que decía TETUÁN, caminaba con rostro placentero, macilento y modesto, apoyado sobre el brazo de un robusto anciano, cuya mirada orgullosa y enajenada parecía decir á todos: ¡Este valiente es mi hijo!

María, cuyo corazón se hallaba agitado hacía días por el temor, la esperanza, el entusiasmo y la angustia, dió un grito que todos

aquellos sentimientos la arrancaron al reconocer en el macilento y glorioso herido á su hijo, y cayó en brazos de Catalina (1).

(1) Este es el lugar de reproducir lo que, concierne á los heridos que iban en la procesión referida, dice *La Andalucía*, periódico de esta ciudad:

«El que no haya presenciado la escena que la noche del jueves se ofreció en la Plaza Nueva en el momento de atravesarla la procesión que conducía en triunfo el retrato de S. M. y á los heridos convalecientes, no puede tener idea de lo que es un pueblo entusiasta y patriota. Allí las aclamaciones, los disparos y los vivas ensordecían el aire, mientras el espectáculo que ofrecían nuestros guerreros coronados de laurel arrancaba lágrimas de ternura en los pechos más inaccesibles al entusiasmo.

Uno de ellos, cazador de Arapiles, exclamaba, lleno también el rostro de lagrimas:

—¿Quién no se bate después de ver esto?

Otro no podía casi andar, parecía estar incómodo.

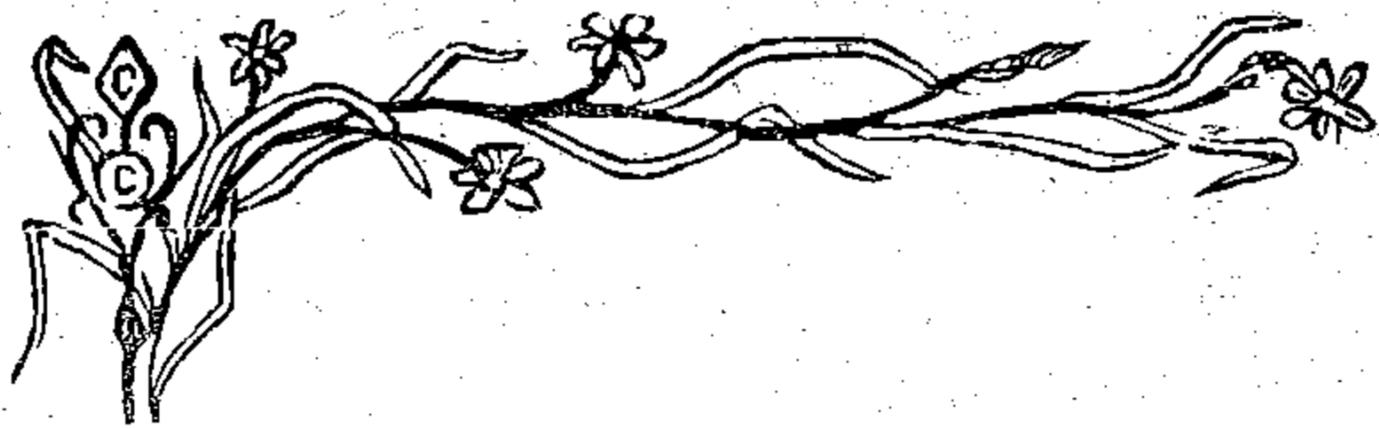
—¿Quiere V. retirarse?—le preguntó un caballero.

—De ningún modo, señor. Estos vivas me dan la vida.

Una mujer quiso hacer un obsequio metálico á un soldado.

—Gracias, patrona. Tengo bastante con la paga que me da la nación, y con esta corona, que para mí es de oro.

Por último, al despedirse los heridos de los señores alcaldes y concejales, una vez concluída la ceremonia, muchos de ellos, profundamente conmovidos, daban las gracias por tantos favores, asegurando que si les cabía la dicha de volver á batirse contra los moros, el recuerdo de Sevilla los alentaría, como el de una madre cariñosa que con sus bendiciones les protegía.



CAPITULO VIII

All well, that end's
well.

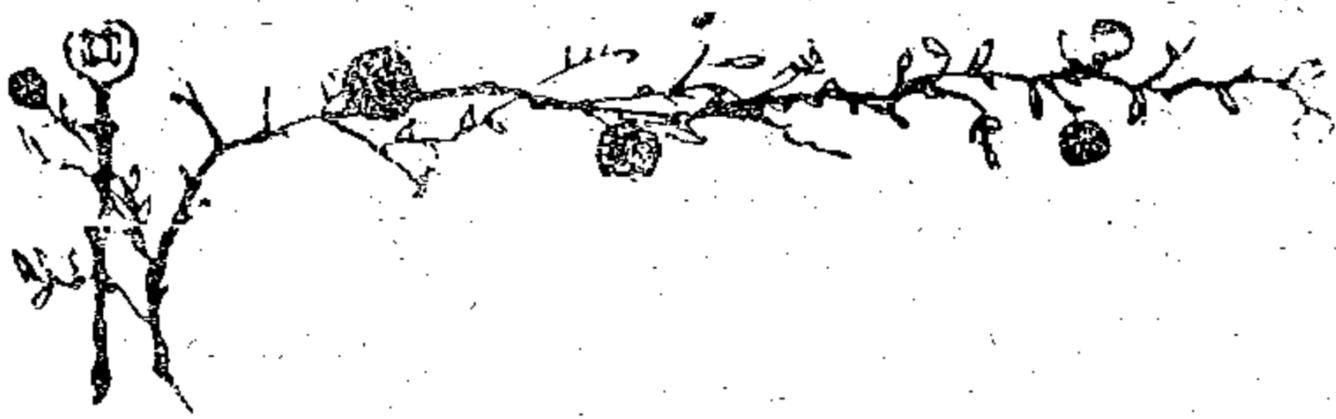
Meses después se celebraba en Bornos una alegre boda, la de Catalina y Miguel. Asistía á ella Gaspar, del todo restablecido; pero habiendo perdido el uso de su brazo derecho. Si había perdido un brazo, en cambio había recibido una medalla de oro, una cruz pensionada y una renta vitalicia: como inutilizado en la guerra de Africa, ésta; como valiente, la cruz; como benéfico y generoso, la medalla.

—¡Todos los días son días de dar gracias á Dios! ¡No hay padre más feliz que yo!—exclamó alegremente Juan José;—¡no tengo más pena que verte manco, hijo mío! Pero ¡cómo ha de ser! Pagaste como bueno tu deuda á la patria, Gaspar.

—¡Padre,—respondió Gaspar, señalando su medalla y su cruz con entusiasmo;—y cumplidamente me ha pagado á mí la patria las tuyas!

—Verdad es, hijo; y así, señores, á brindar. ¡Viva la Reina, y vivan todas las personas generosas y buenas españolas que como S. M. y la Real Familia han contribuído al auxilio de los heridos é inutilizados de la guerra de Africa!





APÉNDICE

No queremos concluir esta pequeña reunión de rasgos heroicos, generosos y tiernos de nuestra guerra de Africa, que darán á conocer el carácter y sentimientos de nuestra nación, sin añadir algunos detalles de sumo interés.

Decía el general Marchessi en su magnífica alocución á los tercios vascongados, al estimularlos con el recuerdo de las gloriosas empresas de nuestros antepasados: *Acordémonos de que todo lo emprendieron en el nombre de Dios, y hagamos lo mismo.* Así es, que cual aquéllos, que al concluir una obra la coronaban con la cruz, nuestros guerreros de hoy han dado cima á la suya, entrando en la ciudad conquistada, no como enemigos exasperados, no como conquistadores fieros y altivos, no como hombres que acababan de ver á sus compañeros y amigos horrorosamente mutilados en los campos de batalla, sino como cristianos, como civilizadores, como generosos, al ver ante sus pies

postrada á una mísera multitud poseída del doble espanto de lo que acababa de sufrir de la bárbara y brutal soldadesca marroquí, y de lo que aguardaba de un conquistador ultrajado y deseoso de venganza; multitud que imploraba su clemencia gritando *¡Viva la Reina de España! ¡Vivan los señores!* Aquellos corazones, poco antes de acero ante el peligro, impasibles ante las tormentas y la muerte, se enternecen y se ablandan ante la desolación, ante la desgracia, ante la miseria. ¡POBRECITOS! este dulce epíteto en que se funden la compasión y el cariño, pues, como lo hemos dicho ya, la compasión es el más puro de los amores; ¡POBRECITOS! palabra mágica de la caridad, que en idioma alguno puede traducirse, dándole su significado cándido, su delicado prestigio, su dulce afecto; esa palabra tan pequeña, que como una chispa enciende la santa hoguera del fuego sacro, fué pronunciada por aquellos mismos labios que poco antes mandaban con energía una carga á la bayoneta, y es repetida por todos los soldados que partían con los míseros hambrientos cuanto llevaban! y esto sin ostentación ni jactancia, con la misma sencillez que lo refiere un soldado en este párrafo de su carta:

Todos les dábamos cuanto podíamos, pues no mirábamos en ellos á nuestros enemigos, sino á los pobres que no tenían que comer.

Un sobrino nuestro, oficial de Artillería, nos escribe estas líneas:

«Me he convencido con íntimo placer de que el soldado español es tan humano como valiente. He visto á los soldados repartir su galleta á los pobres, y á uno llevar á ancas de su acémila á un infeliz judío, al que decía: —¿Por qué no acudís cuando comemos á los ranchos? Nos sobra y os daremos; y ya que tanta necesidad tenéis, ¿qué os importa que esté hecho con tocino?»

He aquí una carta de otro oficial que publica un periódico sevillano:

«Un respetable anciano yacía cadáver horrorosamente mutilado, la cabeza á tres pasos del tronco, y junto á sus manos, crispadas aún por las angustias de la muerte, se veía un cuchillo ensangrentado sin empuñadura; más allá una mujer completamente desnuda, de facciones bastante regulares, pugnaba por coger, con la única mano útil que tenía, á un hermoso niño, como de dos años, que al parecer estaba muerto.

»Al verme, un grito de alegría se escapó de los cárdenos labios de aquella infeliz. En mal español, que me costaba mucho trabajo comprender, me refirió que la noche anterior se habían presentado los moros en su casa, y después de forzar las puertas, asesinaron á su marido y á su padre, al primero

de los cuales sacaron arrastrando á la calle. En la desesperada defensa que emprendió ella, le habían causado una herida en el muslo izquierdo. Después se llevaron cuanto tenían, incluso algunos quintales de cera. Por fortuna el niño no tenía más que un desmayo producido por el hambre. Merced á un vaso de vino, que no sé de dónde me proporcionó un soldado, conseguimos volverlo á la vida.

»Decirle á usted las demostraciones de júbilo que hizo aquella madre, cuando vió que su hijo abría los ojos, sería una cosa imposible. Me abrazaba pidiendo que no la abandonase, y nos llamaba sus salvadores. Por fin, después de socorrerla cuanto me fué posible, salí de la casa profundamente conmovido.

»Se han emprendido algunas obras, en las que se admiten á todos los hebreos que quieran trabajar, retribuyéndoseles con cuatro reales diarios.

»La espantosa miseria de estos infelices ha dado lugar á hechos de abnegación admirables. Se han hecho infinitas limosnas, y varios soldados se han privado de su ración para remediar el hambre de algunos desgraciados.

»Multitud de hombres se ocupan en limpiar las calles, y se ha publicado un bando para que entreguen estos habitantes todas las

armas que tengan, depositándolas en poder de un moro que, con el título de alcalde, se ha comisionado al efecto.

»El general Ríos, con una actividad y celo dignos del mayor encomio, procede á la organización del Ayuntamiento y á la rotulación de las calles. La plaza Mayor se ha bautizado con el nombre de *plaza de España.*»

Entre los innumerables hechos que atestiguan, á la vez que el ardor patriótico y la constancia de nuestros incomparables soldados del ejército de Africa, el espíritu eminentemente religioso que los anima y fortalece en los combates, citaremos el que hemos leído en una correspondencia escrita desde el campamento frente á Tetuán por una persona respetable que lo presenci6.

En el momento de haberse disparado un cañ6n por un artillero asturiano, observaron sus camaradas el estrago que produjo la metralla en un grupo de moros, y prorrumpieron en estrepitosos vivas y aplausos, abrazando á su compaÑero. Este sereno y piadoso soldado, lejos de envanecerse por tan merecidas y entusiastas demostraciones, y como inspirado por los sentimientos que embargaban su coraz6n en momentos tan supremos, se desabroch6 el pecho, y enseÑando á sus camaradas un escapulario de la Santísima Virgen de Covadonga, que le puso al cuello

su madre al despedirse de ella, les dijo: «A esta Señora, á ésta, que es mi patrona y mi amparo, y no á mí, se debe cuanto yo hago y hago por mi patria y por mi Reina Doña Isabel II.»

En la primer misa celebrada en Tetuán, que fué dicha por un venerable misionero, asistido por capellanes castrenses, y oída por el General en jefe con todo su Estado Mayor y por piquetes de los diversos regimientos, pronunció aquél una plática, en la cual consignó el hecho elocuentísimo de que entre más de cuatro mil heridos y enfermos de nuestro ejército de Africa que había asistido en los hospitales, sólo uno no llevaba al cuello cruz, medalla ó escapulario, y ese uno era un presidiario de los que, para ocuparse en ciertos trabajos, acompañan al ejército.

Pero ¿quién podrá enumerar las pruebas de humanidad tierna y cristiana que han dado en esta campaña oficiales y generales? Sirva de muestra esta hermosa frase que se atribuye al general Ros de Olano, tan bizarro como prudente en la guerra, y tan cuidadoso del bienestar de sus tropas: *Más quiero un soldado vivo que diez moros muertos*; y la delicada bondad de corazón del General en jefe, que, en medio de sus graves cuidados y de la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba desde que la Reina le dijo:

Te entrego los destinos de España, y cuando apenas hallaba tiempo material ni sosiego moral para el necesario descanso, encontró ambos para contestar á la siguiente humilde carta de una pobre madre de un soldado, que reproducimos para probar cuán verídicos son los tipos que de las mujeres del pueblo pintamos.

Una pobre madre, luchando con el temor y cariño que dos personas diversas le inspiran, ha escrito al Conde de Lucena la siguiente carta:

«ECIJA y Enero.

»Esentísimo señor conde de Lusena

»—Muy señor mío: una madre que ya ase dos meses que no sabe de el hijo de sus entrañas es la que recurre á usía para mereser de su buen corasón que me haga usía el osequio de sin pérdida de correo mandar á uno de sus secretarios, pues buestra eselencia no es cosa que le escriba á una pobre como yo, cómo está de salud si es muerto ó herido Manuel Carrascosa y Romero, soldado de el primer batallón del Príncipe cuarta compañía número tres ¡ay eselentísimo señor cuánto gusto que tiene mi corasón porque mi hijo esté al lado de usía para defender la Patria y cumplir como soldado con su deber, y cuánta pena tiene mi alma por no tener carta suya!

¡ay señor mío, por el amor de Dios y el de vuestra familia, os suplico que busque á mi hijo y le manden que, sin pérdida de correo, me escriba, y si mi hijo está herido ó muerto, por Dios que usía me lo mande á desir por vuestro secretario, pues si usía tiene hijos sabe cuánto se quieren y cuánta será mi pena por no saber de el hijo de mi alma; así le suplico que no desoiga mis súplicas y que me mande á desir cuanto le pido, pues asta no tener contestación á ésta no dejan mis hojos de derramar lágrimas amargas.

»Su eselentísima se conserve siempre bueno y libre de todo mal, como se lo pide á Dios y á su santísima madre la que ha tenido el atrebimiento de incomodarle y le pide á su eselensia mil perdones por haberlo molestado su más atenta umirde y segura serbidora que besa su mano.—*Josefa Romero.*

»El sobre para Josefa Romero calle de Martín de Parma n.º ocho en

ESIJA PROVINSIA
DE SEVILLA.

»Su Eselensia también me ará el obsequio de desirle á mi hijo, si está en este mundo, que me mande á desir si ha resibido una carta mía en la que le mando una letra de treinta reales, y una estampa de la Santísima Virgen de el valle, nuestra patrona.

»Tengo balor suficiente para resibir cuarquiera nueba desagradable de lo que haya pasao á mi hijo así su eselensia no tenga cuidado en mandarme á desir lo que le haya pasado pues cuarquiera cosa la llebaré con pensia y conformándome con la voluntad de Dios.»

La lectura de esta carta bastó para que el general O'Donnell mandase que inmediatamente su ayudante el teniente coronel graduado Sr. Rizo se informara del paradero del soldado Carrascosa.

El Sr. García Rizo ejecutó las órdenes de su General; afortunadamente para esa pobre madre, á quien tanto honra su carta, modelo del maternal amor, el soldado vivía y había recibido la letra, y aseguraba que había escrito á su madre.

El Conde de Lucena, entonces, de su puño y letra contestó á la carta y tranquilizó á la pobre y afligida madre, noticiándole el estado de su hijo y asegurándola que, lejos de haberle molestado con su pretensión, le había proporcionado con ella el placer de darle una buena noticia.

Cómo recibirá la madre de nuestro soldado esta carta, y cómo correrá de mano en mano por el pueblo, fácil es de comprender.

Ultimamente, concluiremos estos ligeros apuntes con un chiste andaluz, para que una

sonrisa en los labios acompañe las lágrimas de ternura que llenan nuestros ojos, y es el siguiente brindis pronunciado en una comida dada en celebración de la toma de Tetuán: «Brindo—dijo el que lo hacía—por el abrazo que daría el Emperador de Marruecos al que le llevó la noticia de la derrota de los suyos.»

